ISSN: 1131-6950

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN PHILOSOPHIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD ECLESIÁSTICA DE FILOSOFÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD
ECLESIÁSTICA DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA / PAMPLONA / ESPAÑA

Universidad de Navarra

JOSÉ ANTONIO CALVO GRACIA

Filosofía y cristianismo en el pensamiento de María Zambrano

VOLUMEN 28 / 2018

SEPARATA

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN PHILOSOPHIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD ECLESIÁSTICA DE FILOSOFÍA

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE LA FACULTAD ECLESIÁSTICA DE FILOSOFÍA / UNIVERSIDAD DE NAVARRA
PAMPLONA / ESPAÑA / ISSN: 1131-6950
2018 / VOLUMEN 28

DIRECTOR/ *EDITOR*
Sergio Sánchez-Migallón
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

VOCALES / *MEMBERS*
Enrique Moros
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
Santiago Collado
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

SECRETARIO / *EDITORIAL SECRETARY*
Rubén Herce
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Esta publicación recoge extractos de tesis doctorales defendidas en la Facultad Eclesiástica de Filosofía de la Universidad de Navarra.

La labor científica desarrollada y recogida en esta publicación ha sido posible gracias a la ayuda prestada por el Centro Académico Romano Fundación (CARF)

Redacción, administración, intercambios y suscripciones:
«Cuadernos Doctorales de la Facultad Eclesiástica de Filosofía»
Universidad de Navarra. 31009
Pamplona (España)
Tel: 948 425 600
Fax: 948 425 622
E-mail: emarcoa@unav.es

Edita:
Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Navarra, S.A.
Campus Universitario
31009 Pamplona (España)
T. 948 425 600

Precios 2019:
Número suelto: 25 €
Extranjero: 30 €

Fotocomposición:
Pretexto

Imprime:
Ulzama Digital

Tamaño: 170 x 240 mm

DL: NA 1024-1991

SP ISSN: 1131-6950

EXCERPTA E DISSERTATIONIBUS IN PHILOSOPHIA

CUADERNOS DOCTORALES

DE LA FACULTAD ECLESIÁSTICA DE FILOSOFÍA

2018 / VOLUMEN 28

1. José Antonio Calvo Gracia
Filosofía y cristianismo en el pensamiento de María Zambrano 5-73
Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Jaime Nubiola

2. Juan Irarrázaval Armendáriz
La escuela y los padres en la filosofía de la educación de John Dewey 75-155
Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Jaime Nubiola

3. Alfredo Rodríguez Sedano
Libertad y actividad. Estudio sobre la antropología trascendental de Leonardo Polo 157-243
Tesis doctoral dirigida por el Prof. Dr. Sergio Sánchez-Migallón

Universidad de Navarra
Facultad Eclesiástica de Filosofía

José Antonio Calvo Gracia

Filosofía y cristianismo en el pensamiento de María Zambrano

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad Eclesiástica de Filosofía de la Universidad de Navarra

Pamplona
2018

Ad normam Statutorum Facultatis Philosophiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 20 mensis novembris anni 2018

Dr. Iacobus Nubiola

Dr. Sergius Sánchez-Migallón

Coram tribunali, die 1 mensis iunii anni 2018, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
D. nus Eduardus Flandes

Cuadernos Doctorales de la Facultad Eclesiástica de Filosofía
Vol. XXVIII, n. 1

Introducción

Resumen: La filosofía de María Zambrano es una filosofía en alza. De ahí la multiplicidad de acercamientos a su propuesta que, en general, presentan como principal aportación una nueva forma de racionalidad: la razón poética. Sin embargo, la razón poética es un fruto, siendo necesario preguntarse por la raíz: ¿Cuál es la experiencia profunda que da unidad al pensamiento filosófico de Zambrano y que posibilita la razón poética?

La respuesta supone dos constataciones. La primera es la afirmación de que lo cristiano y específicamente católico es la experiencia fundamental que unifica el pensamiento de Zambrano, no solo como pueda estar presente en cualquier producto cultural originado en un contexto cristiano, sino como configurador necesario de su experiencia de la realidad y de su expresión. La segunda se refiere a la posibilidad de una filosofía en contacto con la revelación cristiana. La de Zambrano es un ejemplo de filosofía ejercida por una cristiana que ha encontrado en su fe aquello necesario para que su razón crezca y se ensanche.

Palabras clave: razón poética, cristianismo, filosofía, racionalidad, fe.

Abstract: María Zambrano's philosophy is on the rise. Hence the multiplicity of approaches to her proposal that, in general, highlight a new form of rationality as her main contribution: poetic reason. However, poetic reason is no more than a fruit, of which it is necessary to find the root. What is the profound experience that does give unity to the philosophical thinking of Zambrano and does enable poetic reason?

The answer to this question reveals two findings. The first is the affirmation that the Christian and specifically Catholic experience is the underlying element that unifies Zambrano's thought, not only as it can be present in any cultural product originated in a Christian context, but as a necessary configurator of her experience of reality and of her expression. The second refers to the possibility of a philosophy in contact with Christian revelation. Zambrano's is an example of philosophy exercised by a Christian who has found in her faith what is necessary for her reason to grow and expand.

Keywords: poetic reason, christianity, philosophy, rationality, faith.

¿Cuál es la experiencia profunda que da unidad al pensamiento filosófico de María Zambrano? Esta es la pregunta que intenta responder esta tesis doctoral. Aunque parece de una sencillez inusual en estudios e investigaciones semejantes, lo cierto es que su formulación quizá ha sido lo más costoso. Costoso porque lo que se buscaba en un primer momento era mostrar la cercanía que existe entre las propuestas de racionalidad de Zambrano y del papa emérito Ratzinger-Benedicto XVI. Una demostración que, aunque no haya sido planteada de modo sistemático, salta a la vista de cualquier lector de la obra de estos dos pensadores. Pudiera pensarse que se han leído el uno al otro, que alguno de ellos es la fuente que no se cita. O, y esto me gusta más, que los dos

han encontrado a través de itinerarios distintos el mismo manantial que, con palabras de san Juan de la Cruz, «su origen no lo sé, pues no le tiene, mas sé que todo origen de ella tiene, aunque es de noche».

La presente tesis se vio dulcemente forzada a encontrar el manantial que dota de vida, de unidad de vida y de unidad debida, a todo el intento filosófico de María Zambrano. Y este manantial es el cristianismo. Desde este punto de vista, todo encaja, todo tiene sentido, hasta su falta de sistematicidad, reflejo del concurso de lo activo divino y de lo pasivo humano que, en encarnación, se vuelven constitutivos de cualquier empresa humana, verdaderamente humana.

Si antes he utilizado la expresión dulcemente forzada para referirme al encauzamiento temático de esta tesis doctoral es por varias razones. La primera es que esta toma de decisiones me ha conducido al terreno de la indagación filosófica en el que lo teológico se presenta como lo más evidente, no porque narcotice la tensión de quien se pregunta inquieto por su origen y por su fin, por su sentido, sino porque aparece como lo más bello en su simplicidad y evidencia. No me refiero a los grandes desarrollos especulativos del dogma, sino a sus formulaciones más sencillas y evocadoras. Creación, anunciación y encarnación, redención son realidades que María Zambrano presenta como el mejor de los patrimonios familiares, como la mejor de las herencias y la única que, en apertura, puede ayudar a salvar a Europa de su agonía, del cansancio de su esperanza, de la claudicación en su destino.

Esta simplicidad y evidencia que se da siempre en claroscuro auroral, a la sombra del misterio, abre la puerta a la reflexión sincera sobre el lenguaje de las artes y, más en concreto, al de las artes sagradas, como la música, a la que me siento profundamente unido por mi itinerario vital. Dando un paso más, creo que la propuesta filosófica de María Zambrano no solo es valiosa para un ejercicio de la filosofía en diálogo con la fe, sino también para esa disciplina teológica muy en contacto con la fenomenología de las religiones, como es la liturgia fundamental. Nociones formuladas o reformuladas por Zambrano, como la ley del logos, son vitales para conservar vivo el espíritu de la liturgia. Esta es la segunda razón del sentirme dulcemente forzado.

La tercera es la necesidad de aclararme y de aclarar. Los acercamientos académicos a la obra de María Zambrano son muchos y valiosos. Como muestra José Carlos Rodríguez, abarcan prácticamente todas las posibilidades hermenéuticas: sus aspectos formales y el debido tratamiento que merecen; la experiencia del exilio; la noción de razón poética; su humus cultural: fuentes, influencias, confluencias; su dimensión antropológica y ética; lo femenino y la

feminidad; el tiempo y la temporalidad; la educación. Sin embargo, falta el origen del que deriva la originalidad de la propuesta filosófica de Zambrano, que no es otro que su empeño vital por entenderse de la mejor manera, de la más genuina; y, al mismo tiempo, de expresarse y de expresar el logos, el pathos y el ethos de su existencia, que constituyen, mucho más que un discurso retórico, un verdadero discurso vital en el que se conjugan la fe y la razón, la filosofía y la teología, la palabra interior y la poesía, en una perfecta *perichóresis*, única en su dinamicidad, dinámica en su unicidad.

La intuición acerca del fondo cristiano y, por ende, sacral del pensamiento de Zambrano no ha sido formulada primeramente por mí, sino que da respuesta al deseo –e incluso necesidad– de ilustrar y justificar la convicción de Agustín Andreu, al afirmar la dificultad irresoluble que supondría negar a Zambrano el carácter específicamente cristiano de su pensamiento. La misma María Zambrano ve la necesidad vital de enmendar a aquellos filósofos que negaron la posibilidad de una filosofía cristiana.

¿Una filosofía cristiana? He aquí la segunda de las preguntas planteadas en esta tesis doctoral. Un profundo debate que resulta necesario si quieren evitarse los dos enemigos reales y metodológicos de la vivencia de la fe: el racionalismo y el fideísmo. María Zambrano busca en toda su obra hacerles frente, no por un deseo romántico, sino por el convencimiento de que el logos humano es primaria y primeramente obra –imagen y semejanza– del Logos divino. Y entre uno y otro surge la principal categoría metafísica del cristianismo: creación. De esta pregunta, se obtiene una respuesta valiosísima. Aunque es posible demostrar la posibilidad de una filosofía cristiana –y Zambrano da suficientes argumentos–, lo más interesante es mostrar que su modo de hacer filosofía es cristianismo en acto. Entonces la pregunta ya no es por la posibilidad de la filosofía cristiana, sino por si la filosofía de María Zambrano es una filosofía cristiana. Si la respuesta a esta segunda cuestión es afirmativa, se dará también respuesta a la primera: si la de Zambrano es una filosofía cristiana, hay filosofía cristiana.

Una vez presentadas las dos preguntas fundamentales a las que quiere dar respuesta esta tesis doctoral, es preciso marcar el itinerario recorrido a lo largo de sus cinco capítulos, si bien puede hacerse ya una primera y somera caracterización de sus contenidos. El primer capítulo ofrece una respuesta afirmativa a la primera pregunta planteada: el fondo desde el que se genera toda la filosofía zambraniana es cristiano y específicamente católico. El quinto capítulo, a la segunda: la filosofía de María Zambrano es cristiana en un doble

sentido; asume, por una parte, el acontecimiento cristiano como inspiración y como ápex máximamente inteligibles y es, por otra, una filosofía pensada por una cristiana que no ha puesto en suspenso sus creencias, sino que ha querido dar razón de ellas. Los tres capítulos centrales bien pudieran denominarse una historia de la razón, de la razón escindida de su origen, de acuerdo con su expresión racionalismo fundamental. Aunque conservando el carácter preliminar de estas palabras, todavía puede añadirse algo más sobre cada uno de los capítulos.

El capítulo primero toma la forma de una pequeña biografía espiritual de Zambrano. El adjetivo espiritual, en este caso, no quiere decir religioso ni descarnado, sino aquello que está en la base de la experiencia vital de la filósofa malagueña, algo que integra lo intelectual y lo volitivo. Para cumplir este menester, se abordan dos aspectos: uno más puramente biográfico y religioso; otro más temático, aislando y destacando las cuestiones específicamente cristianas que se encuentran en la obra de María Zambrano.

Los capítulos segundo y tercero funcionan unitariamente, son la *pars destruens* de la historia de la razón a la que se aludía anteriormente. Es el desenmascaramiento de la soberbia de la razón que, prescindiendo de su origen y de su carácter relativo, se ha vuelto racionalismo y, con expresión de Zambrano, racionalismo fundamental. Es la desgraciada historia de un logos originado y originante, relativo, que se ha separado del Logos original y originante, absoluto.

El capítulo cuarto es, sin embargo, la *pars construens*. Cabe una racionalidad inclusiva, que comparte el sentido y el sentimiento de un Logos descendente y rescatador. Esta razón es más ancha y tiene distintas expresiones que se acuerdan –se hacen acorde– a modo de una polifonía mínima y universal. Son la filosofía, la religión y la filosofía, y las tres han nacido de una misma placenta: lo sagrado.

Finalmente, el capítulo quinto ahonda en la posibilidad de la filosofía en un entorno de racionalidad inclusiva y, en concreto, se ocupa de la posibilidad de una filosofía cristiana, intentando mostrar que la de Zambrano lo es. El itinerario propuesto vuelve a ser sencillo: la respuesta de Zambrano a preguntas e intuiciones planteadas por ella misma –«Lo que ha de salvarnos»; «Y si el Verbo se hizo carne, ¿a qué la filosofía?»; «La reciprocidad y la unidad superior»–. De la respuesta o explanación de estas cuestiones, puede concluirse que la filosofía de Zambrano vive a la sombra del misterio, tematiza los contenidos fundamentales del cristianismo y tiene un genuino alcance metafísico y sapiencial en la búsqueda de la verdad.

Para este *excerptum* he escogido los capítulos primero y quinto pues son los que dan respuesta al doble propósito de este estudio doctoral, aun a sabiendas de que el quinto tiene a los anteriores –segundo, tercero y cuarto– como su fundamentación.

Toda la obra de María Zambrano –publicada y sin publicar– permite justificar lo defendido en este estudio doctoral. No obstante, hay que destacar algunas de sus obras: *Filosofía y poesía* (1939), *La agonía de Europa* (1945), *El hombre y lo divino* (1955 y 1973), *Notas de un método* (1989), *Los bienaventurados* (1991). Y no olvidar que su proyecto filosófico nunca llevado a cabo tiene por título *Filosofía y cristianismo*.

Conviene hacer notar que la bibliografía secundaria sobre esta cuestión no es muy extensa. Dada la importancia de algunas de las monografías, considero necesario citar en este momento la de Agustín Andreu, *María Zambrano. El Dios de su alma* (2007); la de Julieta Lizaola, *Lo sagrado en el pensamiento de María Zambrano* (2008); la de Luis Llera, *La razón humilde* (2009); la tesis doctoral de Carmen Villora, *El pensamiento religioso de María Zambrano* (2014). Esta falta de referencias no se presenta como un problema, sino como una posibilidad: la de indagar sin condicionamientos en la obra de Zambrano, sin la necesidad señalada por Steiner de romper con la «ciudad secundaria» para lograr «una lectura bien hecha» o, siguiendo con el pensamiento de Senior, de desmarcarse de la asimilación de los humanistas con los tecnócratas para recuperar el valor humano de las humanidades.

El principal descubrimiento de este estudio doctoral, junto a la doble tesis ya mencionada, es el haber podido formular la misión filosófica de María Zambrano como la pasión por devolver el logos al Logos. No para que se pierda, sino para que respire. Además, creo que se consigue rescatar a Zambrano de la espiral de aprovechamiento ideológico al que constantemente se le somete.

Índice de la Tesis

ABREVIATURAS 7
INTRODUCCIÓN 9

Capítulo 1
MARÍA ZAMBRANO, CRISTIANA Y FILÓSOFA 19

1. La vida de María Zambrano, un itinerario de fe religiosa 26
2. Lo cristiano en la filosofía de Zambrano 44
   2.1. Algunas fórmulas que indican la presencia de un fondo cristiano en el pensamiento filosófico de María Zambrano 47
   2.2. El dogma cristiano como inspiración 61
      2.2.1. Un Dios con quien comunicarse 61
      2.2.2. La presencia del Espíritu Santo en el ser humano 64
      2.2.3. La Virgen-Madre 67
      2.2.4. El Logos creador como redención de la razón griega 68

Capítulo 2
EL LOGOS: ENTRE LA REALIDAD Y EL SUJETO 73

1. Logos, ser, número 77
   1.1. El logos de Heráclito 79
   1.2. El ser de Parménides 84
   1.3. El número de Pitágoras 90
2. Aristóteles, «el filósofo del logos» 94
   2.1. La esencia es el logos 97
   2.2. Aristóteles contra Pitágoras 105
   2.3. Examen de la crítica de Zambrano a Aristóteles 116
3. La herencia de la Antigüedad en María Zambrano 129

Capítulo 3
EL LOGOS: ENTRE EL SUJETO Y LA VIDA 133
1. La «soberbia de la razón» 137
1.1. Kant: el germen de la angustia 139
1.2. Hegel: la ilusión de la estabilidad 146
2. Las enmiendas al idealismo: historia y vida 151
2.1. Dilthey y la comprensión 153
2.2. Ortega y Gasset: la propia vida como realidad radical 159
2.2.1. Ortega y Gasset visto por María Zambrano 161
2.2.2. La formulación orteguiana de las categorías de la vida 171
3. La crítica del sujeto 178

Capítulo 4
EL LOGOS Y LO SAGRADO 189
1. Lo sagrado y lo divino 193
1.1. Lo sagrado como placenta 195
1.2. Lo divino y sus distintas posibilidades 198
1.2.1. La necesidad de un otro trascendente 202
1.2.2. La nada y lo sagrado 210
2. El trato con lo divino: la piedad 217
3. Filosofía, poesía y religión 224
3.1. La filosofía y la poesía 228
3.2. La religión 232
3.3. ¿La poesía o la filosofía o la religión? 240

Capítulo 5
FILOSOFÍA Y CRISTIANISMO A LA VEZ: UN IMPOSIBLE REAL 247
1. «Lo que ha de salvarnos» 249
2. «Y si el Verbo se hizo carne, ¿a qué la filosofía?» 257
2.1. Filosofía tras la Creación y la Encarnación 260
2.2. «Las raíces de la esperanza» 268
3. La reciprocidad y la «unidad superior» 276
3.1. ¿O lo uno o lo otro? 281
3.2. La razón es posible 286
3.2.1. El hábitat de la filosofía cristiana 289
3.2.2. Itinerarios de una filosofía cristiana 294
3.2.3. La fe y la razón 297

CONCLUSIONES 303
BIBLIOGRAFÍA 309
1. Fuentes 309
2. Bibliografía secundaria 312

Bibliografía de la Tesis

1. Fuentes

Zambrano, M. (1933): «Renacimiento litúrgico. Sobre El espíritu de la liturgia de Guardini», en *Cruz y Raya: Revista de afirmación y negación*, nº 3 (junio), Madrid.
— (1934). «Tres preguntas a la juventud... Una respuesta», en *Escuelas de España. Revista pedagógica mensual*. II época, nº 10 (octubre).
— (1970). «El sueño creador», en *Obras reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar.
— (1970). «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes», en *Obras reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar.
— (1971): «La unificación del conocimiento y las fronteras de lo humano en la unidad», en *Educación*, nº 33.
— (1986): *De la aurora*, Madrid, Turner.
— (1989): *Notas de un método*, Madrid, Tecnos.
— (1989): *Delirio y destino*, Barcelona, Mondadori.
— (1990): *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela.
— (2000): *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial.
— (2002): *Cartas de La Pièce. Correspondencia con Agustín Andreu*, Valencia, Pre-Textos.
— (2002): *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa.
— (2004): *La agonía de Europa*, Valencia, Universidad Politécnica.
— (2004): *Pensamiento y poesía en la vida española*, Madrid, Biblioteca Nueva.
— (2010): *El hombre y lo divino*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
— (2010): *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
— (2011): *Claros de bosque*, Madrid, Cátedra.
— (2011): *Confesiones y guías*, Madrid, Eutelequia.
— (2014): *El exilio como patria*, Barcelona, Anthropos.
— (2014): «Delirio y destino. Los veinte años de una española», en *Obras Completas, VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
— (2014): «M-274: 9a», en *Obras Completas, VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
— (2014): «A modo de autobiografía», en *Obras Completas, VI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

— (2016): «La confesión: género literario y método», en *Obras Completas*, *II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
— (2016): «La agonía de Europa», en *Obras Completas*, *II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
— Carta a Dieste (7 de noviembre de 1944), en *Boletin Galego de Literatura*, nº 6 (noviembre de 1991).

2. Bibliografía secundaria

Andreu Rodrigo, A. (2007): *María Zambrano. El Dios de su alma*, Granada, Comares.
— (2010): «Fundamentación teológica de la razón poética», en *Aurora*, nº 11.
AA.VV. (2017): *Lutero y la teología católica. Tender puentes entre formas de pensamiento diferentes*, Madrid, Ciudad Nueva.
Balza, I. (2001): *Tiempo y escritura en María Zambrano*, Donostia-San Sebastián, Iralka.
Blanco, P. (2005): *Joseph Ratzinger: Razón y cristianismo*, Madrid, Rialp.
Bunar, J. (2007): *Filosofía de Dios según Ortega y Gasset. Desde la vida vivida hacia la afirmación filosófica de Dios.* (Extracto de la Disertación para el Doctorado), Roma, Pontificia Universidad Gregoriana. Facultad de Filosofía.
Bungard, A. (2000): *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta.
Conill-Sancho, J. (2006): «De la religión de la vida a la religión personal en Ortega y Zubiri», en *The Xavier Zubiri Review*, vol. 8.
Coreth, E., Neidl, W. M. y Pfligersdorffer, G. (2002): *Filosofía cristiana en el pensamiento cristiano de los siglos XIX y XX*, 3 vols., Madrid, Ediciones Encuentro.
Cózar, A. (2010): *Dios en el pensamiento de Ortega y Gasset.* (Thesis ad Doctoratum in Philosophia totaliter edita), Roma, Pontificia Universitas Sanctae Crucis. Facultas Philosophiae.
De Lubac, H. (2017): *Sobre la filosofía cristiana. Traducción y estudio crítico de Marcelo López Cambronero*, Granada, Nuevo Inicio.
Eggers Lan, C. (ed.). (1978): *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Gredos.
Ferrater Mora, J. (1994): *Diccionario de Filosofía*, vols. III y IV, Barcelona, Ariel.
García-Baró, M. (2009): *Sócrates y herederos. Introducción a la historia de la filosofía occidental*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
García Gual, C. (1995): «Platón, nostalgia, historia, utopía», en *Revista de Filosofía Taula*, nº 3 (mayo), ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/TJ7fQJ>.
García Ramírez, V. (2005): «Kant y la conciliación entre la facultad del conocer y la del desear por medio del juicio estético», ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/5qC1tx>.
Gilson, E. (2005): *El ser y los filósofos*, Pamplona, Eunsa.
Gómez Blesa, M. (2008): *La razón mediadora. Filosofía y Piedad en María Zambrano*, Burgos, Gran Vía.

GÓMEZ-LOBO, A. (1996): «Exposición breve de la metafísica aristotélica», en *Estudios Públicos*, 62.

GUARDINI, R. (2013): *La conversión de Aurelio Agustín. El proceso interior en sus Confesiones*, Bilbao, Desclée de Brouwer.

HEIDEGGER, M. (1969): *Introducción a la metafísica*, Buenos Aires, Novoa.

INCIARTE, F. (2004): *Tiempo, sustancia y lenguaje. Ensayos de metafísica*, Pamplona, Eunsa.

INCIARTE, F. y LLANO, A. (2007): *Metafísica tras el final de la metafísica*, Madrid, Ediciones Cristiandad.

JANÉS, C. (2010): *María Zambrano. Desde la sombra llameante*, Madrid, Ediciones Siruela.

JUAN PABLO II (1998): *Fides et ratio. La fe y la razón*, Madrid, San Pablo.

KANT, I. (2007): *Crítica del juicio*, edición de Manuel García Morente, Madrid, Austral.

KIRK, G. S., RAVEN, J. E. y SCHOFIELD, M. (1987): *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, Madrid, Gredos.

LABAJO, J. (2011): *Sin contar la música*, Madrid, Endymion.

LABRADA, M. A. (1992): *Sobre la razón poética*, Pamplona, Eunsa.

LESSING, H. U. (1986): *Crítica de la razón histórica*, Barcelona, Península.

LIZAOLA, J. (2008): *Lo sagrado en el pensamiento de María Zambrano*, México D.F., Ediciones Coyoacán.

LLERA, L. (2009): *La razón humilde. María Zambrano y la tradición mística española*, Madrid, Cuadernos de exilios (UAM).

MAILLARD, Ch. (1992): *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*, Barcelona, Anthropos.

MARSET, J. C. (2004): *María Zambrano. I. Los años de formación*, Sevilla, Fundación Manuel Lara.

MINDÁN, M. (2002): *Reflexiones sobre el hombre, la vida, el tiempo, el amor, la libertad*, Zaragoza, Librería General.

MORENO SANZ, J. (2008): *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano. El eje de El hombre y lo divino, los inéditos y los restos de un naufragio*, Madrid, Verbum.

— (2007): *El descenso de la razón. La razón poética de María Zambrano y el pensamiento de la crisis cultural del siglo XX*, ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/LnKsNu>.

— (1996): *Encuentro sin fin*, Madrid, Endymion.

NOVOA, A. (2006): *Elementos clave para una antropología teológica en el pensamiento filosófico de María Zambrano*. (Extracto de Tesis Doctoral), Granada, Facultad de Teología.

ORTEGA MUÑOZ, J. F. (1982): *María Zambrano o la metafísica recuperada*, Málaga, Universidad de Málaga.

— (2006): *María Zambrano*, Málaga, Arguval.

ORTEGA Y GASSET, J. (2007): *¿Qué es filosofía?* Edición con «Introducción» de Ignacio Sánchez Cámara y «Guía de lectura» de José Lasaga Medina, Madrid, Austral.

PULGAR CASTRO, R. (2015): «María Zambrano y el sentido religioso de la existencia», en *Atenea*, nº 511 (I Sem.).

RAMOS, A. (2014): «A metaphysics of the Logos in St. Thomas Aquinas: Creation ang Knowledge», en *Caurensia*, vol. IV (2014), ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/sEGv5S>.
REVILLA, C. (1998): *Claves de la razón poética. Un pensamiento en el orden del tiempo*, Madrid, Trotta.
— (2007): «Correspondencias o sincronizaciones entre Max Scheler y María Zambrano», en *Aurora*, nº 7.
— (2014): «Sobre el ámbito de la razón poética», en *Revista de la Asociación de Hispanismo Filosófico*, nº 9. (03/03/2018): < goo.gl/1cQueW>.
ROCHA BARCO, T. (ed.) (1997): *María Zambrano: la razón poética o la filosofía*, Madrid, Tecnos.
RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, J. C. (2011): *El logos del tiempo. Introducción filosófica a la obra de María Zambrano*. Tesis doctoral dirigida por Luis Andrés Marcos, Salamanca, UPSA, ed. electrónica (03/03/2018): < goo.gl/iCPcx1 >.
ROMANO RODRÍGUEZ, C. (2004): «Aristóteles: realidad y lenguaje», en *La lámpara de Diógenes* (enero/junio).
SÁNCHEZ BENÍTEZ, R. (1998): *María Zambrano y el nihilismo*, ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/DHnCS6>.
SÁNCHEZ-GEY, J. (2017): «Algunas anotaciones al pensamiento teológico de María Zambrano», en *Pensamiento*, vol. 73, núm. 278 (septiembre-diciembre).
— (2018): *El pensamiento teológico de María Zambrano. Cartas de la Pièce. Correspondencia con Agustín Andreu*, Madrid, Sindéresis.
SCHELER, M. (2005): *Esencia y formas de la simpatía*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
— (2007): *De lo eterno en el hombre*, Madrid, Encuentro.
SENIOR, J. (2018): *La restauración de la cultura cristiana*, Madrid, Homo Legens.
STEINER, G. (2017): *Presencias reales*, Madrid, Siruela.
VIGO, A. (2006): *Estudios aristotélicos*, Pamplona, Eunsa.
VILLORA SÁNCHEZ, C. (2014): *El pensamiento religioso de María Zambrano*. Tesis doctoral dirigida por Juana Sánchez-Gey, Madrid, Universidad Autónoma. (03/03/2018): <goo.gl/Q9H1SW>.
ZUCCHI, H. (2000): «Estudio introductorio», *Metafísica*, Barcelona, Sudamericana.

Abreviaturas de la Tesis

OR	*Obras reunidas*
A	*De la aurora*
NM	*Notas de un método*
LB	*Los bienaventurados*
HSA	*Hacia un saber sobre el alma*
LP	*Cartas de La Pièce*
ESV	*España, sueño y verdad*
PP	*Pensamiento y poesía en la vida española*
RS	*La razón en la sombra. Antología crítica*
HD	*El hombre y lo divino*
FP	*Filosofía y poesía*

Cuando se citan obras incluidas en las *Obras Completas*, se utiliza la abreviatura OC, seguida del número del volumen.

Otras abreviaturas

FR	*Fides et ratio*
LO	*El logos oscuro*
FC	*Filosofía cristiana*

Filosofía y cristianismo en el pensamiento de María Zambrano

I. MARÍA ZAMBRANO, CRISTIANA Y FILÓSOFA

El título de este capítulo puede resultar horripilante para algunas cabezas[1], es decir, puede erizar el cabello de muchos o, al menos, de algunos, sobre todo, si se le añade como complemento circunstancial el sintagma 'a la vez': cristiana y filósofa a la vez. Todavía más disruptivo sería el calificarla de filósofa cristiana, al menos y de momento, como hipótesis. Sin embargo, la propuesta filosófica de María Zambrano no puede desligarse de una concepción teológica de la experiencia vital ni de un marcado acento cristiano con el que solfear dicha experiencia. Si esto se comprende y si esto se explica, los cabellos de los biempensantes –no solo los tradicionalistas, sino también los de la mal traducida *politically correctness*– volverán a su lugar y posición inicial de tranquilidad y podrán conceder que sí, que el pensamiento de María Zambrano es un intento de filosofía cristiana[2].

El concepto filosofía cristiana nace en medio de la discusión. Es discutible y, por tanto, discutido desde que aparece en la década de 1920. Dos medievalistas, Brehier y Gilson, muestran sus posturas contrarias: el primero afirma que no hay filosofía cristiana, que el pensamiento filosófico no se ha visto influido por la revelación, que Agustín y Tomás de Aquino adoptan filosofías paganas para hacer teología; Gilson, por su parte, quiere demostrar que hay

---

1 Si se permite esta expresión y este uso de la palabra 'cabeza' es porque, como se verá más adelante, María Zambrano lo usa en este sentido y en un contexto semejante, si no idéntico.

2 Para profundizar en el debate sobre la filosofía cristiana será necesario acudir a la obra de Coreth, E.; Neidl, W. M. y Pfligersdorffer, G. (2002): *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX/3*, Madrid, Ediciones Encuentro, pp. 30-37. Una buena aproximación a la cuestión de la filosofía cristiana se encuentra en Mindán, M. (2002): *Reflexiones sobre el hombre, la vida, el tiempo, el amor, la libertad*, Zaragoza, Librería General, pp. 117-121.

filosofía cristiana y que la Revelación ha influido decisivamente en el desarrollo de la filosofía. Esta discusión se lleva a un debate público, celebrado en La Sorbona, en 1931. Además de Brehier y Gilson, intervienen Maritain, Brunschvicg y Blondel. No se llega a un acuerdo, la discusión continúa y otros filósofos de altura, como Mandonnet, Van Steenberghen, Pieper, Heidegger, Jaspers o el español Ramírez aportan y enriquecen el debate. ¿Cuál es el estado de la cuestión? Atendiendo a la encíclica de Juan Pablo II *Fides et ratio* (1998), no existe una filosofía cristiana oficial, pero sí existe una relación clara entre filosofía y revelación –o entre filosofía y cristianismo–, una relación orgánica que puede ser explicada de un modo histórico, como pretendía Gilson, y de un modo existencial, como mostraba Maritain: la revelación aporta a la filosofía nociones racionales que de otro modo no habrían sido descubiertas, como creación y persona; además aunque la razón –en el sentido de filosofía– es independiente de la revelación, existe un modo cristiano de filosofar, en el que la fe no solo no destruye la filosofía, sino que la eleva y la salvaguarda, defendiéndola de la tentación escéptica.

La filosofía cristiana es al menos un intento, aunque va a intentar mostrarse que es un intento cumplido, dentro de las posibilidades de cualquier pensamiento limitado, como es el humano: unas veces bien logrado, otras a medio camino. Y algunas pocas, bastante alejado. En torno a esta cuestión de la posibilidad de una filosofía cristiana, María Zambrano en una época de madurez, cuando cuenta con setenta años, en una carta, enmienda a aquellos filósofos –cita concretamente a Spinoza y Kant– que «creyeron –o quisieron– que la filosofía ha de ser un saber impasible. Y que por tanto una filosofía cristiana es casi imposible»[3]. El error en el que estos pensadores racionalistas o idealistas incurrieron fue pensar que la filosofía es un saber separado e inmutable, en el que la misión del filósofo consiste en legislar desde una pretendida y falsa razón omnisciente, que relega la transcendencia a determinada cualidad del sujeto. Todo lo que está fuera del sujeto está fuera de la capacidad de conocer y si no se puede conocer, molesta su existencia. Eso ha pasado con el Absoluto en gran parte del pensamiento moderno y contemporáneo y eso ha hecho que se considerara un despropósito que pudiese haber una filosofía cristiana, que la revelación proporcionara temáticas profundas a la filosofía o que existiese una

[3] Zambrano, M. (2002): *Cartas de La Pièce. Correspondencia con Agustín Andreu*, Valencia, Pre-Textos, p. 89. (En adelante *LP)*.

relación fecunda entre la fe y la razón. María Zambrano presenta los ejemplos de san Agustín y de santo Tomás de Aquino con valor de prueba y defenderá contra viento y marea que el verdadero maestro está a medio camino entre la filosofía y la teología, porque «el Maestro [...] es un mediador»[4]. Así la razón en cuanto humana será una razón mediadora y una de sus formas será la piedad. Otro de los errores que hace imposible al teólogo o al filósofo creyente comprender este paradigma dialogal entre fe y razón es el fideísmo. Pero de momento es prematuro ahondar en esta cuestión.

Para mostrar que el pensamiento de María Zambrano es un ejemplo de filosofía cristiana, este primer capítulo en ningún caso podrá ser ni más ni menos que una biografía intelectual de María Zambrano. Será un poco más, porque intentará mostrar los centros de la reflexión filosófica de Zambrano y su conexión con el hecho cristiano. Será un poco menos, porque ni debe ni puede ser una biografía detallada. En este sentido corre el peligro de ser tachado de visión sesgada de la experiencia vital de María Zambrano, sin embargo, no tiene nada de sesgo o de prejuicio, porque no intenta negar o silenciar ningún matiz, sino resaltar aquellos que son fundamentales para el propósito de esta investigación: mostrar el específico carácter cristiano –incluso católico confesional– del pensamiento zambraniano. Cristiano en el origen personal de la reflexión, cristiano en la temática, cristiano en el método, cristiano en la respuesta. Cristiano, sin restar un ápice de racionalidad ni del carácter filosófico presente en el análisis crítico de la realidad.

Desde luego, el paradigma de razón de María Zambrano no responde a esa visión abstracta –en el sentido de separada o de aparte– que hace de la filosofía una pretendida filosofía pura, sino, con palabras escuchadas al profesor Alejandro Llano en la Universidad de Navarra, una filosofía impura, no separada; al contrario, metida de lleno en todas las cosas y experiencias de los seres humanos, incluida la dimensión espiritual y de apertura a la trascendencia, dimensión, por otra parte, esencialmente constitutiva de lo humano.

María Zambrano (Vélez Málaga, 1904-Madrid, 1991), ante su muerte, no dudaba en decir a su amigo poeta panameño que «estamos en la noche de los tiempos, Edi Simons, hay que entrar en el cuerpo glorioso»[5]. Y, una vez

---

[4] *Ibid.*, p. 89.

[5] Moreno Sanz, J. (2004): *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*, Madrid, Siruela, p. 729.

realizada la salida del uno y la entrada en el otro, el primero pasó a dormir en la casita –así llamaba Zambrano a su sepultura– que, entre un naranjo y un limonero, había querido construir en el camposanto de su pueblo natal. Una casita, señalada e identificada con un texto del Cantar de los Cantares: *Surge, amica mea et veni*. Ese es su epitafio. Y si se abusa un poco del sentido de la sentencia clásica que afirma que en el principio está el fin y/o viceversa, habrá que conceder que esta inscripción sepulcral da una idea completa y aproximada de lo que es la experiencia vital de María Zambrano.

Otros hechos y otros textos confirman esta afirmación y son los que van a ser presentados en las siguientes páginas, que quieren mostrar el humus en el que nace, crece, florece y fructifica la propuesta filosófica de María Zambrano.

1. La vida de María Zambrano, un itinerario de fe religiosa

Aunque algunos han intentado escribir la biografía más o menos definitiva de Zambrano, todavía nadie lo ha conseguido. El imponente intento de Juan Carlos Marset, que mereció el premio Antonio Rodríguez Ortiz de Biografías 2004, se quedó de momento en una primera parte, titulada *Los años de formación*[6]. Por ello, y para el propósito que guía este estudio, bastará con la «Cronología» publicada por Jesús Moreno en la edición de las *Obras Completas* de María Zambrano que él dirige y el esbozo biográfico escrito por Juan Fernando Ortega Muñoz, que se titula, sencillamente, *María Zambrano*[7]. El profesor Ortega sabe y muestra que la intimidad religiosa de Zambrano es de una profundidad radical y que sobre ella se asienta su propuesta filosófica. La investigación doctoral de Carmen Villora, en concreto, su primer capítulo, es insustituible para este propósito[8]. Además, se cuenta con una colección de escritos autobiográficos que han sido publicados en el Volumen VI de las *Obras Completas* de Zambrano y que constituyen una fuente primigenia para demostrar el carácter

[6] Marset, J. C. (2004): *María Zambrano. I. Los años de formación*, Sevilla, Fundación Manuel Lara. Según ha manifestado el autor, la obra completa tendrá cinco volúmenes más y no se publicará hasta que esté finalizada por completo.

[7] Ortega Muñoz, J. F. (2006): *María Zambrano*, Málaga, Arguval.

[8] Villora Sánchez, C. (2014): *El pensamiento religioso de María Zambrano*. Tesis doctoral dirigida por Juana Sánchez-Gey, Madrid, Universidad Autónoma, ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/Q9H1SW>.

religioso católico de su vivir y su pensar. También, un epistolario publicado por su amigo e interlocutor Agustín Andreu, presentado por este último como *Cartas de la Pièce*, que resulta básico para el propósito de esta tesis.

María Zambrano siempre que se refiere por escrito a don Blas[9], su progenitor, lo hace escribiendo Padre con mayúscula inicial. ¿Qué significa? Ella misma lo dice: «Para mí mi Padre es un ser sagrado»[10]. No obstante, quien aportará la finura espiritual a Zambrano es su madre. Una finura espiritual que está unida a su profundo sentido de libertad. «Porque, aunque mi madre era una ferviente católica practicante, era también un ser libre, porque era inteligente»[11]. Inteligencia, libertad, apasionamiento, religiosidad –católica, no conviene perderlo de vista– son claves en el pensamiento filosófico de María Zambrano y, como se verá más adelante, cada una de estas características constitutivas de su experiencia conllevan la universalidad e interrelación de los tres saberes de sentido que se encuentran en el núcleo de su pensamiento: filosofía, poesía y religión.

En una de sus cartas al teólogo Agustín Andreu, fechada el domingo 13 de julio de 1975, hace un resumen de la herencia que ha recibido de su familia más cercana: de su padre, tiempo; de su hermana Araceli, tiempo; ¿y de su madre? De su madre, doña Araceli Alarcón, dice que ha recibido lo más necesario:

> Mi madre me dejó lo que me hacía falta, algo de su sapientísima paciencia, las cuentas de su Rosario, que aun en Madrid volví a rezar con ella algunas tardes. Sí, el Rosario de la Madre salva, si uno entiende. Pues que en tan rosácea devoción hay lo suyo de intelección verdadera[12].

---

9 El 25 de septiembre de 1986 María Zambrano escribe una semblanza de su padre titulada Blas Zambrano y Segovia. A la versión final, anteceden dos borradores y es en el segundo de ellos en el que se encuentra una descripción religiosa y espiritual más extensa, aunque resulta bastante críptica: «Se casó católicamente como su Padre murió, y sus hijas fueron bautizadas igualmente dando toda clase de facilidades para la educación normal católica. Un cierto desengaño del protestantismo paterno, a causa de su excesivo rigor y de carecer del sentido histórico de la Iglesia católica, de la que se sintió siempre apartado a causa de su persecución de la libertad a partir de que dejó ella de estar perseguida y pactó con el poder sometiéndose a él, a partir de Constantino. La libertad, decía y profesaba, fue revelada por Cristo en su abandono en la cruz [...]. Rechazo de los dogmas concernientes a la Encarnación. Heterodoxo en extremo, pues, del Cristianismo aún protestante. Tendencias gnósticas sin que del gnosticismo tuviera estudioso conocimiento». ZAMBRANO, M. (2014): «M-274: 9 a», en *OC* VI, Madrid, Galaxia Gutenberg, pp. 703 y 704.

10 ORTEGA MUÑOZ, J. F., *María Zambrano*, p. 21.

11 *Ibid.*, p. 23.

12 ZAMBRANO, M., *LP*, p. 240.

Como se apunta en este texto y podrá confirmarse en la segunda parte de este capítulo, María Zambrano llega a explicar la relación de conocimiento y de intelección acudiendo a un contenido de fe: la figura de la Virgen María –paciente– que recibe del ángel el logos –agente–. De este modo, por la encarnación, se posibilita la vuelta de lo creado y desgajado al Creador y fuente de la unidad originaria. Todavía se puede añadir al trasfondo familiar de Zambrano la figura de su abuelo materno, con el que pasará en su infancia alguna larga temporada. De él se puede decir que, además de exseminarista, era un «teólogo vocacional, heterodoxo recalcitrante y conversador innato»[13] y que constituyó para María Zambrano un auténtico pedagogo y maestro en cuestiones religiosas.

Cuando en Segovia, adonde se había trasladado con su familia, decide estudiar filosofía, lo hace por «salvar» a su padre, ya que Blas Zambrano era un hombre con un horizonte interior trágico al modo de Unamuno. De algún modo, María Zambrano vislumbra que el fondo más profundo de todos y cada uno de los seres humanos es una realidad inferior –inferior en el sentido de ínferos– que necesita de una experiencia salvadora o redentora. No una eliminación de lo trágico, sino un respiro extático que permita entender la vida como un todo en el que lo chocante, lo diferente, lo incalificable o indefinible no sea expulsado o exiliado, sino incluido como parte constitutiva del misterio de la vida y del concomitante anhelo por la eternidad.

Como bien ha señalado Agustín Andreu, poniéndolo en relación con un tema eminentemente teológico como es la economía trinitaria, Zambrano entiende la salvación del hombre como «una crecida por dentro»[14] o una iluminación en sentido joánico e incluso agustiniano. Esta iluminación permite, siempre en clave zambraniana, descubrir un espacio infinito de libertad real. Así llega a afirmar que el teresiano vivir fuera de sí supone

> vivir fuera de sí, por estar más allá de sí mismo. Vivir dispuesto al vuelo, presto a cualquier partida. Es el futuro inimaginable, el inalcanzable futuro de esa promesa de vida verdadera que el amor insinúa en quien lo siente. El futuro que inspira, que consuela del presente haciendo descreer de él; que recogerá todos los sueños y las esperanzas, de donde brota la creación, lo no previsto. Es la libertad sin arbitrariedades[15].

---

[13] Ortega Muñoz, J. F., *María Zambrano*, p. 26.
[14] Andreu Rodrigo, A. (2007): *María Zambrano. El Dios de su alma*, Granada, Comares, p. 63.
[15] Zambrano, M. (2010): *El hombre y lo divino*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, p. 255. (En adelante *HD*).

Estos pensamientos de profundo corte cristiano también tienen que ver con su experiencia de exilio[16] y con sus deseos que constituirán una luz para transcurrir su propia noche oscura de la que se hablará más adelante.

Otro momento importante en el itinerario vital de María Zambrano es el de su despertar a una política activa y el de su repudio a determinadas formas violentas de corte materialista. La discípula de Ortega y Gasset en la madrileña Universidad Central no es ajena a la tesis fundamental que el profesor publica en el diario *El Sol* el 15 de noviembre de 1930 titulado «*Delenda est Monarchia*». Con este escrito, Ortega rompe su compromiso con la monarquía y postula el advenimiento de la república como única forma política que puede mantener la vida y la vitalidad de la nación española[17]. Zambrano es buena hija de su padre, militante e incluso presidente durante algún tiempo de la Agrupación Socialista Obrera, y eso se nota en su radicalidad; pero no hay que olvidar que también es buena hija de su madre y esto se conoce en este momento de efervescencia y violencia política en su convencimiento de que para el país no es bueno el materialismo capitalista, como tampoco lo es el marxista, sino que la misión de España está en la defensa y universalización de los valores espirituales. Estas ideas –quizá hubiese que llamarlas ideales– se encuentran expuestas y de algún modo desarrolladas en el manifiesto fundacional del Frente Español (FE) que aparecería publicado el 7 de marzo de 1932 en el periódico *La Luz* y que es firmado en primer lugar por María Zambrano. ¿Qué es lo que le lleva a firmar con tanto entusiasmo este manifiesto? El compromiso político de Zambrano le conduce a militar en el partido de Azaña Acción Republicana, durante las elecciones municipales de 1931. Su militancia será breve, pues la quema de iglesias y conventos, así como la persecución religiosa desatada y la pasividad de las autoridades respecto a estos hechos le llevarán a darse de baja de esta formación de izquierdas. Sin embargo, seguirá siendo profundamente republicana y radical en lo que se refiere a la preferencia por un régimen político determinado. Y seguirá siendo profundamente católica: ya se verá de qué manera, aunque

[16] El exilio es para María Zambrano una categoría antropológica fundamental, ya que apunta a una meta nunca alcanzada, pero capaz de aportar sentido a la existencia: «Y el exiliado, a fuerza de pasmos y desvalimientos, de estar a punto de desfallecer al borde del camino por el que todos pasan, vislumbra, va vislumbrando la ciudad que busca y que le mantiene fuera», en ZAMBRANO, M. (1990): *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, p. 31. (En adelante *LB*).

[17] Cfr. ORTEGA MUÑOZ, J. F., *María Zambrano*, p. 50.

puede adelantarse que en lo que se refiere a su visión metafísica y antropológica y a sus derivadas sociales.

El FE es un partido político, alentado en la sombra por Ortega, al que enseguida se suman un grupo de universitarios españoles. Aunque, como señala el zambranista Jesús Moreno, María Zambrano reconocerá que su participación en este partido nacional es «su más grave error político» y que «como tenía poder para ello, lo disolvió», por «el cariz casi fascista que este movimiento adquiere»[18], no es aventurado precisar con toda razón que, si bien Zambrano repudia el FE, no es menos cierto que la crítica de los materialismos –y de las dos Españas, alentadas por programas políticos sectarios– y la defensa del patrimonio espiritual del individuo y de los pueblos permanecerán como una constante de su propuesta filosófica de racionalidad inclusiva.

En estos años de la II República Española hay dos hechos que resultan bastante significativos para señalar la experiencia de María Zambrano. El primero de ellos es la participación en la revista *Cruz y Raya*, de pensamiento católico más o menos liberal. Aunque su director José Bergamín intenta que forme parte de su consejo de redacción, Zambrano lo evita. Esto no significa que no participe, de hecho, lo hace con algunos artículos sobre san Basilio, Ortega y Gasset, Vossler y sus estudios sobre Lope de Vega. En concreto interesa el que con el título «Renacimiento litúrgico»[19] publica en junio de 1933 sobre la célebre obra *El espíritu de la liturgia*, de Romano Guardini. Parece que la lectura de esta obra, aunque no comparta su necesidad y propósito, le lleva a tener una visión profunda, completa y bastante ilustrada de la liturgia católica y, en concreto, de lo que significa el Rito Romano en su forma más tradicional. Una visión que, como se verá, nunca abandonó e incluso defendió junto a otros intelectuales del momento como parte integrante del patrimonio espiritual de Occidente.

El segundo de estos hechos es la participación en la revista mensual de pedagogía *Escuelas de España*. En el número 10, de octubre de 1934, se invita a algunos jóvenes que ya destacan en la sociedad y la cultura a realizar una re-

[18] Moreno Sanz, J. (2004): *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*, Madrid, Siruela, p. 678. Esta obra, además de ser una selecta y muy completa antología de los escritos de Zambrano, aporta, entre las páginas 673 y 730, una valiosa cronología de la vida de la pensadora malagueña, con valoraciones y notas interesantes –y, en algún caso discutibles–.

[19] Zambrano, M. (1933): «Renacimiento litúrgico. Sobre *El espíritu de la liturgia* de R. Guardini», en *Cruz y Raya: Revista de afirmación y de negación*, nº 3, junio, p. 164.

flexión sobre tres temas: Dios, el Arte y Rusia. María Zambrano ofrece la suya, en los siguientes términos:

> No tener a Dios sería no tener límite; pues ¿Quién entonces habría de limitarnos? ¿Quién encajaría en este hueco que le espera? [...] Y de faltarnos «de veras» a los hombres Dios, faltaría el peso, la gravedad de las almas, de las vidas [...] Si hemos perdido a Dios, ¿qué he hecho yo de mi libertad? [...] Y sin nada a quien servir, ¿cómo voy a encontrar la libertad?[20].

Puede parecer una idea de Dios algo kantiana, sin embargo, de lo que está hablando es de algo que pertenece a su hondón espiritual y vivencia católica: el Dios que otorga fondo a la experiencia humana, que da valor a las almas, porque las ha creado, el que habita la interioridad. No habla desde luego, de un postulado de la razón práctica. Este pensamiento sobre Dios, que se aquilatará con el paso de los años y de las experiencias que van dejando huella en su alma, no puede leerse al margen del ensayo *Hacia un saber sobre el alma*, publicado inicialmente en la *Revista de Occidente* en ese mismo año 1934, y que acarreará su ruptura intelectual con Ortega y la primera puesta sobre el papel de la razón poética[21].

María Zambrano contrae matrimonio el 14 de septiembre de 1936, en plena Guerra Civil, con Alfonso Rodríguez Aldave, con el que se marcha a Santiago de Chile, donde este trabaja como secretario de la Embajada Española. ¿Es el matrimonio civil un signo del alejamiento de Zambrano respecto a la religión católica? Parece que no, sino que es fruto de la circunstancia política y religiosa que viven España y los españoles en ese tiempo de agitación y persecución, que da paso de una revolución comunista, a una guerra civil. En todo caso, doce años después, se separarán. Más tarde, en la correspondencia entre María Zambrano y Agustín Andreu comparecerá la huella angustiosa que este matrimonio ha dejado en ella. Una doble angustia, la de haberse celebrado y la de si solicitar su anulación supondría un desprecio formal de la doctrina católica sobre el matrimonio indisoluble y la separación de la Iglesia. Así escribe el domingo 22 de septiembre de 1974:

> Gracias por las «gestiones» que has emprendido acerca de la anulación de mi matrimonio. Sí, estoy dispuesta a declarar en la forma que me digas, que no tuve intención alguna de casarme por la Iglesia «que entonces había

[20] Zambrano, M. (1934): «Tres preguntas a la juventud... Una respuesta», en *Escuelas de España. Revista pedagógica mensual*, II época, nº 10, octubre, p. 11.
[21] Cfr. Zambrano, M. (2014), «A modo de autobiografía», en *OC*, VI, p. 721.

> en España» –escribes. Mas ¿acaso no anduve en otros países? Recelo que el hacerlo así erogue consecuencias en cuanto a mi voluntad de seguir perteneciendo a la Iglesia Católica, que no vaya a tener valor de abjuración, en cuyo caso no lo haría pase lo que pase[22].

La crítica del materialismo tendrá que ser acallada, al menos exteriormente, cuando en su exilio –largo exilio desde 1939 hasta 1984– María Zambrano llegue a la universidad de San Nicolás del Hidalgo de Morelia (México), donde permanecerá durante un curso. Allí el rector le hace saber que en México no existe libertad de cátedra y que la constitución prescribe la educación socialista[23]. Aunque María Zambrano le hace saber que nunca ha sido comunista ni marxista, guarda silencio sobre el resto, acepta el trabajo como profesora de filosofía y se dedica a escribir sobre lo que le interesa: *Nietzsche o la soledad enamorada*, *San Juan de la Cruz (de la noche oscura a la más clara mística)*, *Filosofía y poesía*, *Poesía y filosofía* y *Descartes y Husserl*. La Habana y Puerto Rico serán algunas otras de sus etapas en el exilio americano. Después, en 1946, la vuelta a Europa, y el deambular como se puede entre Francia e Italia.

El año 1945 es fundamental para María Zambrano, ya que es cuando comienza a concebir la que sin duda será su gran obra y que resultará imprescindible para describir el itinerario de la razón y su recuperación en los capítulos centrales de esta tesis. Se trata de *El hombre y lo divino*[24], publicada su primera edición en 1955, año de la muerte de su maestro Ortega, y su segunda, con algunos añadidos, en 1973, tras un viaje a Grecia, que le marcaría profundamente. Durante la década que dedica a escribir la primera edición de esta obra barajará distintos títulos: Historia de la piedad, Filosofía y cristianismo, La ausencia. Al final, el nombre que se impone es el de El hombre y lo divino, un nombre que, según la misma Zambrano, puede dar título a toda su obra y a las obsesiones de su pensamiento[25]. Ella misma lo confiesa en el texto escrito en

---

22 Zambrano, M., *LP*, p. 65.

23 Ortega Muñoz, J. F., *María Zambrano*, p. 72.

24 Albert Camus «el día de su muerte en accidente llevaba los originales del libro de María Zambrano *El hombre y lo divino*, que pensaba editar en Gallimard, pues lo consideraba la obra cumbre del siglo XX», en Ortega Muñoz, J. F., *María Zambrano*, p. 88.

25 Así lo declara en el «Prólogo a la segunda edición»: «No está en mi pensamiento hacer de *El hombre y lo divino* el título general de los libros por mí dados a la imprenta, ni de los que están en camino de ella. Mas no creo que haya otro mejor que les conviniera», en Zambrano, M., *HD*, p. [27].

marzo de 1987, titulado *A modo de autobiografía*, en el que, además de reconocer que en alguno de sus capítulos comparece la razón poética, afirma:

> es muy mío, muy de lo hondo, porque es un fracaso, como digo, creo que lo digo, en el prólogo de alguna de sus ediciones, no sé ahora cuál, porque ha tenido varias, quizá en la primera, que el libro son los restos de un naufragio, porque lo que yo quería escribir era «Filosofía y cristianismo», y empecé a escribir algunos ensayos en Roma, no recuerdo exactamente en qué año, y lo que fui escribiendo en torno a ello me pareció que tenía sentido en sí mismo y que debía publicarlo[26].

En Roma, entre 1953 y 1959, vivirá en la Piazza del Popolo, justo encima del café Rosati. Desde allí, participará en la misa de los artistas, en la iglesia de Santa María del Pópolo, y acudirá a los conciertos de los viernes, precedidos de lecturas de Rilke, Max Jacob, Kierkegaard y de textos de algunos padres de la Iglesia[27]. En esta época conocerá y comenzará su amistad con la poetisa mística Victoria Guerini –conocida en el universo literario como Cristina Campo–. Aunque ya había escrito sus *Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes*[28], en Roma su experiencia filosófica se conformará nuevamente de acuerdo a otras formas de expresión y de sentido como son los lenguajes de las artes o lenguajes poéticos, los lenguajes de la teología y de su primera expresión sacral que se mueve entre la mística y la acción litúrgica, que conjuga humana y divinamente la actividad de Dios y la pasividad del hombre, situando al ser humano como ser de encuentro y apertura, de mezcla y enriquecimiento mutuo.

Así no resulta anecdótico que, ante la reforma litúrgica emprendida por el concilio Vaticano II, viendo en peligro la sacralidad de la liturgia católica, no dude en firmar otro escrito dirigido a Pablo VI, no ya de universitarios,

---

[26] Zambrano, M. (2014): «*A modo de autobiografía*», en *OC*, VI, p. 721. En la Fundación María Zambrano, se encuentra la tapa –nada más– del cuaderno en el que comienza a recoger sus pensamientos sobre este propósito y puede verse la fecha que ella no recuerda al confeccionar el texto autobiográfico citado: son los años 1944 y 1953 (Manuscrito 550).

[27] Cfr. Moreno Sanz, J., *La razón en la sombra. Antología crítica. María Zambrano*, p. 708.

[28] Zambrano, M. (1970): «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes», en *Obras reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar, pp. 221-236. Nunca llegó a haber una 'segunda entrega' de estas 'obras reunidas', aunque si se conserva en el archivo de la Fundación María Zambrano un índice manuscrito con las obras que la compondrían y una fecha, 1962 (¿?): Zambrano preveía unas 375 páginas, entre las que se encontrarían los siguientes títulos: *Hacia un saber sobre el alma*; *La confesión*, *género literario*; *La guía*, *forma de pensamiento*... (Manuscrito 247).

sino de hombres y mujeres del mundo de la cultura, de distintas opciones y creencias, llamado 'Manifiesto de Agatha Christie' y firmado, entre otros, por Agatha Christie, María Zambrano, Elena Croce, Cristina Campo, Graham Green, Andrés Segovia, Colin Davis, Jacques Maritain, Jorge Luis Borges, Gabriel Marcel, en el que se afirma que el rito de la misa romana tradicional pertenece a la cultura universal y que desterrarlo de la vida ordinaria de la Iglesia sería similar a la destrucción total o parcial de basílicas y catedrales.

María Zambrano también sufre una noche oscura, que coincide con la publicación de su obra *Los sueños y el tiempo* –parafraseando el título de Heidegger *El ser y el tiempo*– y sobre todo con los difíciles cuidados que requiere su hermana Araceli y con su muerte, así como con sus idas y venidas internacionales. En 1961 lo manifiesta con palabras clave a su amiga venezolana Reyna Rivas: «Mi noche oscura sigue, Reyna, o mi túnel, como más modestamente lo llamo», «la oscuridad que yo llamo sagrada»[29]. Algunos amigos de María Zambrano y otros estudiosos de su obra se empeñan en dar por definitiva esta experiencia de oscuridad, pero no es así, ya que existe otra etapa posterior –y esta sí que es definitiva en el sentido de que corona su existencia– en la que Zambrano vive con confianza su ser cristiana católica. Se pueden ofrecer testimonios muy iluminadores. Por ejemplo, su correspondencia con el teólogo valenciano Agustín Andreu y que ha sido editada y publicada por él en el año 2002, bajo el título *Cartas de La Pièce*[30].

En su testamento, otorgado en 1989, con toda la seriedad y solemnidad de un documento notarial, «declara que pertenece a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, en cuya fe y doctrina fue educada y en cuyo seno desea morir. Encomienda por ello a sus herederos y legatarios que, conforme a su criterio, manden realizar los ritos que según la costumbre sean del caso»[31]. Antes, en 1964, había escrito a la poetisa Reyna Rivas: «Pienso, digo, rezo; Señor mío, ya que me mandas vivir, haz que para vivir tenga y pueda así cumplir tu voluntad»[32].

---

29 En Ortega Muñoz, J. F., *María Zambrano*, p. 100.

30 Zambrano, M., *LP*. En los «Preliminares a esta edición», Andreu muestra cómo a lo largo de su vida ha experimentado tres encuentros profundos con María Zambrano: el primero, entre los años 1955 y 1963, cuando era un joven sacerdote estudiante de Teología en Roma y se encontraba con la «maestra» para conversar; el segundo, vía epistolar, entre los años 1973 y 1975; el tercero se corresponde con la edición del epistolario.

31 En Ortega Muñoz, J. F. *María Zambrano*, p. 103.

32 *Ibidem*.

Estos rasgos biográficos culminan con su muerte, acaecida el 6 de febrero de 1991, y con su cristiana sepultura, amortajada con el hábito de la Venerable Orden Tercera Franciscana, con el que siempre viajaba por si acaso, en una tumba con ese epitafio que dice *Surge, amica mea, et veni*[33]. Unos rasgos incompletos, pero que al menos permiten hacerse cargo del trasfondo vital de María Zambrano que, como es natural, forma uno con su pensamiento y su propuesta filosófica, como pretende mostrarse en la segunda parte de este capítulo.

2. Lo cristiano en la filosofía de Zambrano

Aunque no sea de un estilo muy depurado, puede permitirse la licencia de comenzar una sección con la cita de alguien que tiene bien claro lo que pretende justificarse en este trabajo: «Cuantos, por lo que sea, quieren apartar a María Zambrano de la teología y negar el teológico carácter cristiano de su pensamiento, lo tienen difícil»[34]. Si como afirma Andreu, negarlo es difícil, puede intentarse lo contrario. Aunque tampoco sea tarea fácil afirmar de un modo sistemático el carácter cristiano de una filosofía de una pensadora que huyó de cualquier sistema y que, solo al final, propuso notas para un método. En todo caso, aparece como una misión posible.

El primer paso para lograr el intento es reflexionar sobre los temas fundamentales de la filosofía de Zambrano. Esta reflexión servirá como tránsito de la exposición de sus experiencias vitales, realizada en la primera parte de este capítulo, a la presentación de los núcleos[35] de sus reflexiones filosóficas que es el objeto de la presente.

---

[33] Aunque sea a pie de página, conviene señalar que el epitafio elegido para la sepultura de su hermana Araceli fue *Ave, Crux, spes unica*. El patrólogo y gran amigo de María Zambrano Agustín Andreu Rodrigo comenta que estas dos sentencias sepulcrales, aunque contrapuestas, son complementarias y que así las concibió María Zambrano, para expresar brevemente la esencia del cristianismo. Cfr. Andreu Rodrigo, A., *María Zambrano. El Dios de su alma*, p. 145.

[34] *Ibid*., p. 174.

[35] Se omiten algunos temas o intereses que, a nuestro juicio, no constituyen centros de preocupación filosófica de María Zambrano y que se corresponderían con los intereses fundamentales de la ideología de género. Si bien es cierto que Zambrano aborda en sus escritos cuestiones como la realidad de la mujer, la unidad de origen con el varón, el angelismo como imagen del origen común, no se sostiene el situar su pensamiento en la llamada perspectiva de género. Para contemplar un panorama completo sobre el estado de la cuestión zambraniana conviene acudir

Lo más sencillo sería enumerar los títulos de las obras de María Zambrano, tanto las publicadas, como las pendientes de publicación. *El sueño creador*, *Filosofía y Poesía*, *El hombre y lo divino*, *Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes*, *Poesía y sistema*, *Claros de bosque*, *De la aurora*, *Los bienaventurados*, *Hacia un saber sobre el alma*, *Los intelectuales ante el drama de España*, *Horizontes del liberalismo*... son tan solo algunos de estos títulos y cierto es que no engañan. Son temas de su pensamiento y de sus publicaciones, pero la mera enumeración no es suficiente.

Un segundo nivel de profundización consistiría en extraer aquellos temas constantes y recurrentes en su producción filosófica. Según la misma María Zambrano, y como tiene que ser recordado constantemente a lo largo de esta investigación, *El hombre y lo divino* bien pudiera ser el nombre que más conviniera a su completa producción filosófica. Así su preocupación fundante sería la relación entre el ser humano y lo divino, o, como ella pretendía en los orígenes de esta obra fundamental, *Filosofía y cristianismo*[36]. Sin embargo, esta constatación tan relevante resulta todavía insuficiente.

El tercer nivel, y al que aquí se aspira, es el de sus propósitos más profundos, el de sus pasiones dominantes, sus focos y sus encuadres: helenismo y cristianismo; religión y mística; lo espiritual y lo metafísico; las preguntas y las respuestas; las esperanzas; el Logos en Dios, el Logos que es Dios y el logos en el ser humano; la creación y la creatividad; la interioridad y el exilio; la acción y la pasión; lo sagrado, el lenguaje y las artes; la presencia y la ausencia; lo recibido y lo dado; el conocimiento y lo conocido; el sueño y la aurora. ¿En una palabra? El logos, pero con todos sus matices: griego y cristiano, o mejor, griego y redimido.

2.1. *Algunas fórmulas que indican la presencia de un fondo cristiano en el pensamiento filosófico de María Zambrano*

Una lectura ágil e incluso poco profunda de las obras publicadas de María Zambrano, o simplemente de alguna de ellas, bastaría para hacerse cargo de que sus pensamientos y sus expresiones están transidos de experiencia y de tradición cristiana y católica. En este epígrafe, y sin otra pretensión que

al capítulo I de Rodríguez Álvarez, J. C. (2011): *El logos del tiempo. Introducción filosófica a la obra de María Zambrano*. Tesis doctoral dirigida por Luis Andrés Marcos, Salamanca, UPSA, ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/iCPcx1>.

[36] Cfr. Zambrano, M. (2014), «A modo de autobiografía», en *OC*, VI, p. 721.

ilustrar, este respigado se va a realizar sobre la correspondencia de Zambrano con Agustín Andreu.

Andreu defiende que, además de Empédocles o la tragedia griega, la encarnación, la eucaristía, la cruz, el descendimiento, los ángeles, el Espíritu Santo –María Zambrano nunca renunciará a escribir estos términos con mayúscula, como queriendo manifestar la convicción de su realidad y el respecto sacral que merecen– son «los signos y figuras de su metafísica de la vida»[37]. Sin duda, ¡un orbe religioso! Entendiendo orbe como mundo, el conjunto de lo existente, pero sin desconectarlo de todas sus connotaciones: la redondez y las esferas, las celestes y la terrestre; aquellas órbitas transparentes imaginadas en los sistemas astronómicos antiguos por las que circulaban los astros, como formas de toda posibilidad de vida. Un orbe o un horizonte vital e intelectual que, para María Zambrano, solo encuentra expresiones ajustadas en la experiencia cristiana y su tradición.

El orbe, en una primera aproximación, está entre lo material y lo espiritual y así se entiende cuando María Zambrano escribe «sentada estuve en un recodo del camino del que he hecho mi pequeño oratorio»[38], oratorio desde el que alza su razón –lo más humano que posee y que no puede ser sino divino: el alma, en un sentido muy pitagórico y platónico y, por supuesto, muy cristiano; alma que conoce y que ama, conoce el bien y ama la verdad y viceversa– para ver con «sus miopes ojos» una desdibujada forma, pero suficientemente luminosa como puede ser la religión para aquellos que viven el drama del querer creer y no poder, como Blas Zambrano, su padre, o el amigo de este y admirado por su hija, Miguel de Unamuno. Luz que siempre atrae y que, algunas veces, saltando el principio de no contradicción, atrae y retrae, muestra y oculta a la vez. Una forma elevada como es la religión que, por mucho que se le niegue, se yergue siempre delante no solo como posibilidad, sino como realidad omnipresente en el horizonte vital de los seres humanos.

Un oratorio desde el que María Zambrano habla a Dios sobre su cabeza pidiéndole que le «sea destruida, retirada antes de que no la use bien o de usarla demasiado en tanto que mía»[39]. En esta misma carta 20, Zambrano habla de la cabeza humana asimilándola, como se hace muy coloquialmente, con la capa-

[37] «Anotaciones epilogales», en ZAMBRANO, M., *LP*, p. 341.
[38] ZAMBRANO, M., *LP*, p. 49.
[39] *Ibid*., p. 106.

cidad de conocer y desea que alguna vez todas las cabezas fueran puestas «con una sola bastaría, bajo los pies de Cristo en la Cruz»[40]. Ella ya ha puesto la suya:

> en todas las Adoraciones de la Cruz en que literalmente me he arrastrado como María Magdalena, como mujer. Mas mi cabeza en tanto que tal no es de mujer ni de hombre, es Mente. Albergue del Logos, movida por el *nous poetikos*[41].

No es el momento de ahondar en su doctrina del Logos, pero adelantar estas expresiones profundamente piadosas y profundamente humanas permite el acercamiento progresivo al núcleo del pensamiento de María Zambrano que, en esta carta, aparece muy unida a su hermana Araceli. De las dos, también de su hermana aclarando que «sin ser filósofa», escribe que:

> nunca nos hemos arrastrado [...] a los pies de un hombre. Lo dejamos sin saberlo quizás conscientemente para hacerlo a los pies del Único y para derramarle sólo a él la gota de perfume que la feminidad secretamente hace lentísimamente para que se derrame en el instante preciso[42].

Estas palabras escritas en 1974 confirman que María Zambrano no concibe una forma de pensamiento aislada no solo del resto de la comunidad humana, sino tampoco de lo sagrado y de las formas de acercamiento a lo divino, en concreto, para ella, de su pertenencia activa y agradecida a la Iglesia católica.

¿Cómo es esta pertenencia? La experiencia católica de María Zambrano es, como ella misma dice, de «simple oveja»[43]. Aunque en ningún caso esto signifique que Zambrano renuncie a pensar su fe o dar razón de ella. Simplemente significa que no parte de la teología, a la que mira con una «timidez y un respeto que no quiere perder»[44]. Quien se ha atrevido a describir el cristianismo de María Zambrano es Agustín Andreu, quien en sus «Anotaciones epilogales» a las *Cartas de La Pièce* señala varias notas.

En primer lugar, el cristianismo católico de María Zambrano tiene como imagen central el descendimiento: descendimiento del Logos divino al hacerse Logos creador hasta la creación; descendimiento del Logos espiritual hasta

---

40 *Ibidem*.
41 *Ibidem*.
42 *Ibidem*.
43 *Ibid*., p. 81.
44 *Ibidem*.

cada uno de los seres humanos bajo forma de *logoi spermatikoi*; descendimiento del Logos de un modo definitivo a la creación por la encarnación; descendimiento del Logos hasta los infiernos. Podría decirse que es una comprensión kenótica del Logos, muy de acuerdo con la doctrina paulina. No es una especulación de Andreu. María Zambrano, en la carta 24, tras recordar la doctrina clásica de que cada ángel agota su propia especie, establece una comparación entre determinados movimientos angélicos y humanos –el ascenso, como angustia; el descenso, como desesperación–. El único que puede descender a los ínferos es el Único. Solamente Él, dice, para luego añadir que:

> a veces he «explicado», saliéndome del tiesto filosófico, el Cristianismo como la Religión del Descendimiento, viendo en ello su originalidad irreductible[45].

Muy conectada con esta imagen del Descendimiento o, incluso en su origen, está lo que Andreu denomina «catolicismo andaluz, trágico pero con alegría»[46], donde cobra un lugar importante la figura de María, en especial, como *Mater Dolorosa*. Este carácter trágico de la filosofía cristiana de María Zambrano la vincula con otras mujeres de la historia de la Iglesia como santa Hildegarda de Bingen, santa Catalina de Siena, santa Teresa de Jesús o a otras más recientes como, en la medida que permite su acercamiento al cristianismo, Simone Weil. Todas ellas, en clave mística, han reclamado reformas o ellas mismas han sido reformadoras de la disciplina eclesiástica, aunque hayan sido incomprendidas o rechazadas en algunos momentos de su existencia. Por esta razón, Andreu escribe que «María Zambrano pertenece a la galería semisubterránea de mujeres de la sociedad cristiana occidental del siglo XX»[47]. Mostrarlo es una exigencia que debe cumplir cualquier pretendido biógrafo, pues si no, la personalidad de Zambrano, tanto la del día a día, como la de la pensadora, quedaría clavemente dañada al privarle de una de las claves centrales de su fuerza vital.

Otro de los aspectos que destaca en la militancia católica de María Zambrano es la centralidad de la liturgia. Tanto ella, como sus amigos, participaban de la liturgia católica con intensidad, recuperando toda la dimensión simbólica

---

45 *Ibid*., p. 116.
46 «Anotaciones epilogales», en ZAMBRANO, M., *LP*, p. 360.
47 *Ibidem*.

y alegórica del rito. La llamada Reforma Litúrgica emprendida a partir del concilio Vaticano II preocupó profundamente a Zambrano y, muy especialmente, los experimentos que en nombre de dicha reforma se llevaban a cabo. Experimentos que menospreciaban tanto la tradición, como la religiosidad popular. María Zambrano ve en estos intentos una insistencia inútil por conceptualizar a Dios, transformándolo en una idea: prescindir de la repetición del rito es, para Zambrano, prescindir de la divinidad de Dios, despojándolo de su majestad y vulgarizándolo hasta hacer sobrante su existencia. «¡Qué desastre!», exclama, y continúa diciendo:

> una servidora [...] firmé dos cartas a Su Santidad, junto con intelectuales de diversos países, todos ilustres menos yo, católicos, acatólicos y etc., suplicándole primero –hace dos años– de conservar en lo posible la liturgia, y luego suplicándole conservar la Misa. Y así te digo que ha sido para mí y para tantas personas la destrucción[48].

Esta destrucción da a María Zambrano una luz sobre la que ha de ser la forma de vivir su catolicismo: despojada del rito, «al ir a Roma comprendí que soy de la Religión del Desierto»[49]. Esto cuadra perfectamente con la experiencia del exilio que ya se había convertido en una categoría existencial profunda de la vida y el pensamiento de Zambrano.

En este desierto, a modo de oasis, siguen apareciendo expresiones y experiencias espirituales que provienen de fuentes litúrgicas y teológicas de la Antigüedad, tanto del Oriente como del Occidente cristianos. Estas expresiones marcan el ir y venir del pensamiento de María Zambrano con las dos alas de la fe y de la razón, sobrevolando mares de simbolismo, como el propio de la Semana Santa en su ceremonial. Como cuando pide a su amigo Andreu que reconsidere su posición intelectual ante el escribir y el citar. Lo hace invitándole a ver el momento de la escritura como el «instante del Fiat», pidiéndole que rememore también «el instante de la ceremonia que inicia los oficios de la Resurrección, el hacer del fuego, del fuego sacro»[50]. Zambrano entiende que el momento de la creación intelectual solo puede experimentarse con la relativa plenitud del ser humano, cuando se atiende a la divinidad creante que, por

---

48 Zambrano, M., *LP*, p. 27.
49 *Ibidem*.
50 *Ibid*., p. 188.

el poder de las palabras, hace lo que dice: el «hágase» posee toda la sencillez del Logos inteligente y toda la pureza del fuego del Espíritu divino. De hecho, para María Zambrano, esta referencia trinitaria –que descubre presente no solo en el cristianismo o en el catolicismo canónico, sino también por muchas partes, aunque de un modo velado, como en el Islam o en «la enlaberintada Mitología griega»[51]– es la única fórmula que le permite explicar unificadamente la labor de sentido que ha de realizar el filósofo que no está dispuesto a ceder ante la tentación de hablar o escribir tan solo de lo que domina.

María Zambrano también encuentra en la liturgia algo que, junto al Descendimiento, identifica y distingue de las demás religiones al catolicismo. Así se pregunta:

> ¿Es el alleluia el canto del Espíritu? Cuando me importaba tanto diferenciar la Religión católica, pensaba que la podría dar su diferencia última en un disco en que Mary Anderson cantaba un Alleluia de Mozart, que no decir ninguna otra palabra, sin comentario[52].

También en un contexto litúrgico, en la carta 19, de 14 de octubre de 1974, María Zambrano desvela algunos de sus pensamientos profundos a raíz de lo que ella denomina una perla con la que iba a obsequiar a sus amigos y que, finalmente, reserva para el destinatario de la misiva. Dice así, y lo hace para explicar en qué consiste tener un maestro, «te la regalo a ti: se dice en los Oficios del Jueves Santo de la liturgia bizantina: ¡Oh tú, Judas, que has vendido la luz a precio de oro!»[53]. Zambrano no solo ve en este tropario una expresión delicadamente perfecta, sino el reto que se presenta ante cualquier intelectual responsable: el conocimiento no es oro, es luz; el contacto con lo conocido no es oro, es luz; en definitiva, el encuentro con el Logos no es oro, es luz. Confundir ese encuentro cognoscitivo con una relación en la que se resuelve de manera práctica una transacción, que implica dominio sobre la realidad, es la corrupción de la razón que ha dejado de ser encuentro deslumbrante, para convertirse en mero racionalismo.

En la misma carta, María Zambrano expone también algunas convicciones íntimas que, por ejemplo, indican que su pensamiento no es relativista

---

[51] *Ibid*., p. 116. En esta misma carta, María Zambrano reconoce sobre la huella trinitaria en la religión griega, que no se ha «atrevido a indagar sobre esto último. Ignorancia y no sólo temor».
[52] *Ibid*., p. 73.
[53] *Ibid*., p. 99.

ni en el orden del ser ni en el del obrar ni en el del conocer. Zambrano se pregunta «¿cómo no saber que existe el Mal, mejor dicho que lo hay y quiere existir a costa nuestra?»[54]. Llama la atención el uso que hace de los verbos «existir» y «haber» respecto al mal que ella nombra con mayúsculas. Es como si, en una forma de pensamiento muy clásica, se resistiese a reconocer que el mal tenga una existencia real, por el contrario, dice que lo hay, como puede haber y de hecho hay privaciones de bien. Decidirse por esta interpretación es aventurado, ya que no se encuentran otros pensamientos o expresiones en la obra zambraniana que permitan justificarla. No obstante, ahí queda, como también quedan algunas otras reflexiones subsiguientes como la existencia del Bien –también con letra mayúscula– o la posibilidad de conocerlo.

En relación con este debate moral, Zambrano hace una declaración de evidente fe cristiana: el desdén por una doctrina muy helénica como es la de la transmigración de las almas. De hecho, Zambrano la da por zanjada y le resta interés a su debate. Así afirma que «en la reencarnación no me molesto en creer ni en descreer. La Ética corta de raíz ese interés»[55]. No obstante, lo más importante viene a continuación, pues María Zambrano pasa de sus convicciones a su forma cotidiana de vivir con dos formulaciones acerca de su oración. La primera aparece cuando cuenta cómo son sus noches: noches de insomnio. Un insomnio sobrellevado desde la muerte de su hermana Araceli. Si antes escribía, en este momento ya no tiene fuerzas para escribir:

> tan solo delirar o pensar o entresoñar en la noche, bajo la misericordia divina [...]. Puedo ahora rezar poco. Y la oración no busca ni procura el sueño, sino algo que vale más que sueño y vigilia juntos[56].

«La oración busca algo que vale más que sueño y vigilia juntos». ¿A qué se refiere? Una hipótesis factible sería considerar que el sueño y vigilia juntos es la vida, y que lo único que vale más que la vida es Dios. En todo caso, esta carta tiene una posdata que culmina con una oración: «Que sea tu Ángel guardián uno contigo. Amén»[57].

---

54 *Ibid*., p. 100.
55 *Ibidem*.
56 *Ibid*., p. 102.
57 *Ibidem*.

Al concluir este epígrafe, conviene poner de relieve la posición doctrinal en la que se sitúa María Zambrano. Nuevamente encontramos la respuesta en la colección de cartas que escribe en La Pièce. Tras el por ella denominado «desastre», Zambrano afirma que

> se dará o está dando ya una svolta hacia Trento [...]. Trento para mí es: doctrina y apretar las tuercas. En aquella doctrina, para mí un brillante: «que el hacer bien no se pierde ni aún en sueños»; «que el soñar bien no se pierde ni aún despierto»[58].

Agustín Andreu explica este pensamiento diciendo que «María sentía un gran respeto por la Teología Dogmática tradicional, y muy poco por las piruetas de la Teología contemporánea, desconocedora de los tesoros que maneja, y corruptible por los señuelos sociológicos del prestigio y la consideración mundana e histórica de su tema y su quehacer»[59].

2.2. *El dogma cristiano como inspiración*

Aunque las fórmulas presentadas en el epígrafe anterior ya muestran el sustrato religioso católico del pensamiento zambraniano, todavía se puede dar un paso más. María Zambrano no solo se sirve de determinadas fórmulas o expresiones del orbe cultural cristiano para ilustrar sus reflexiones, sino que tematiza algunos de los contenidos del dogma, extrayendo de él argumentaciones genuinamente filosóficas. En concreto, son cuatro los temas a los que María Zambrano va y vuelve en repetidas ocasiones, porque en ellos ve una realidad universal válida incluso para quienes no tienen una fe religiosa. El Dios personal, el Espíritu Santo, la Virgen-Madre y el Logos creador son estos lugares fundantes que, partiendo de la fe de la Iglesia y de las experiencias de los místicos, permiten a Zambrano pasar de la razón racionalista a la razón poética, como propuesta de racionalidad ampliada y abierta a la transcendencia[60].

---

[58] *Ibid*., p. 72.

[59] Anexo I, Zambrano, M., *LP*, nota 334, p. 299.

[60] Otra sistematización valiosísima de estos temas genuinamente teológicos y cristianos es la realizada por Juana Sánchez-Gey. Ella se refiere a la mística, a la oración y, coincidentemente con mi propuesta, al Espíritu Santo y a la Virgen. Cfr. Sánchez-Gey, J. (2017) «Algunas anotaciones

2.2.1. Un Dios con quien comunicarse

Al contrario que su maestro Ortega, como se verá en el capítulo IV de esta investigación, María Zambrano tiene presente a Dios de un modo muy intenso y extenso en toda su reflexión filosófica. Un Dios personal, el Dios de los cristianos en su forma más católica, es fuente para la filosofía de Zambrano.

Su comprensión más inmediata de Dios la encuentra en la figura de su «Padre» –refiriéndose a don Blas, como ya se ha visto, siempre escribirá la palabra Padre con mayúscula– y en la experiencia de obediencia absoluta o incondicionada[61] a él, fruto de la confianza. Sin embargo, esto es tan solo un punto de partida. María Zambrano necesita que la divinidad se concrete en un Dios a quien co-responder, que inicie un diálogo concreto con el ser humano. Este Dios no es el llamado dios de los filósofos, sino el Dios objeto de su profesión de fe.

En el capítulo «Tres dioses», presente ya en la primera edición de *El hombre y lo divino*, Zambrano plantea tres situaciones históricas de la manifestación de lo divino en el horizonte de lo humano. La primera de ellas sería un dios de las profundidades, que aparece en las teofanías primitivas como un ser ávido de devorar, un dios demasiado humano y poco divino, que tiene más de los seres humanos que de lo que desde la irrupción del judaísmo se atribuye a la divinidad. Es un dios de la vida que, en este primer momento, se muestra como «la avidez inicial a donde todo vuelve y que de todo tiene apetencia»[62]. Un ser divino de estas características solo puede comprenderse en un contexto cultural que no tenga noticia de la creación como el de la religión tradicional griega[63].

La segunda de estas situaciones históricas, también se da en la cultura griega, pero ya no viene de la mano de los poetas, sino de la de los filósofos: «es el dios que corresponde a la necesidad de ver»[64]. Se refiere, y así lo hace

---

al pensamiento teológico de María Zambrano», en *Pensamiento*, vol. 73, núm. 278 (septiembre-diciembre), pp. 1044-1047. Este artículo y esta investigación doctoral son, en lo que modestamente conozco, los únicos escritos que apuntan directamente a la impronta teológica del pensamiento de Zambrano. Los dos beben de las intuiciones e indicaciones de Agustín Andreu.

61 Cfr. ZAMBRANO, M., *LP*, p. 206.

62 ZAMBRANO, M., *HD*, p. 126.

63 María Zambrano cita en concreto la *Teogonía* de Hesíodo en la que aparece Cronos, «a quien ningún sacrificio puede aplacar». ZAMBRANO, M., *HD*, p. 126.

64 *Ibid*., p. 130.

constar, al aristotélico pensamiento de pensamiento o incluso al plotiniano luz de luz. El ser humano ha descubierto en sí determinadas dotaciones esenciales que le asemejan no con el mundo que aparece como inferior a él, sino con algo superior, con unos dioses que ya no son demasiado humanos. Al contrario, son demasiado divinos y, por eso, aunque explican e iluminan, siguen estando lejos. Ya no hay que temerlos, pero tampoco por qué amarlos. Son demasiado abstractos.

Hace falta un Dios mediador, no un dios que mueva como mueve el amor, sino que sea movido por el amor. Es el Dios que «entre todos se mueve»[65]. Este Dios es el que, por la creación, adelanta de algún modo la encarnación. Esta es, para María Zambrano, la prueba última de que Dios es Dios, cercano a los hombres y entre los hombres. Ya no devora, sino que se pone en manos de sus creaturas por la comunión; ya no ilumina desde fuera, sino que es la luz que viene a las tinieblas. Así, los textos sobre la creación, contenidos en el libro del *Génesis*, y el prólogo del *Evangelio según san Juan* serán en gran parte el origen de la propuesta de racionalidad de Zambrano, que explica la pertinencia de los capítulos II, III y IV de esta tesis.

2.2.2. La presencia del Espíritu Santo en el ser humano

El profesor Andreu es quien mejor conoce la importancia que tiene para María Zambrano la doctrina teológica sobre el Espíritu Santo. Si esto es así, es porque ha sido él quien en sus encuentros con Zambrano le ha ilustrado sobre la reflexión que los padres de la Iglesia, y en especial los alejandrinos, han realizado sobre la segunda persona de la santísima Trinidad.

En la carta 47, de 1 de marzo de 1975, a la que ya se ha aludido, María Zambrano reflexiona sobre la presencia del Espíritu en el hombre, una presencia que explica del siguiente modo:

> Si el Espíritu del Señor flotaba sobre las aguas, en el ser humano, está siempre, oculto y prisionero. Abre, es Él el que abre toda prisión –la suya es la nuestra–. Abre y se abre paso irrumpiendo o sin ser notado hasta que su aliento respira en nuestro ser[66].

---

65 *Ibid*., p. 133.
66 Zambrano, M., *LP*, p. 193.

Y lo que abre es razón. Esa es la huella del Espíritu Santo en las personas en quienes habita. Habita en el fondo del alma que María Zambrano entiende a la manera de la interioridad agustiniana, como un fondo que está siempre más allá de los actos personales, presentándose como un horizonte hacia el que se camina en una vía que no se agota nunca, porque conduce a la verdad y, una vez que esta se alcanza, el alma humana quiere siempre vivir en ella y en sus inagotables senderos[67].

La figura del Espíritu Santo, que es el actualizador del Logos, es quien sugiere a María Zambrano su misión filosófica que consiste en:

> abrir la Razón, uniendo razón y piedad, razón y sentir originario, filosofía y poesía. En parte, «ecco fatto» podría decir, en parte y abriéndose una Aurora... Y como hay más, más y más y sigue habiendo más y trenzándose, mientras pueda, he de seguir siguiendo. Si Dios quiere[68].

En este contexto de reflexión sobre la interioridad como lugar del Espíritu es donde se comprende el contraste entre el Espíritu Santo y Espíritu Absoluto[69]. El primero está presente «haciendo» en el ser humano. El segundo es un fantasma que absorbe.

2.2.3. La Virgen-Madre

«Los misterios de la Virgen presiden el proceso del pensamiento creador»[70]. Con esta rotundidad María Zambrano afirma lo que es una clave de su pensamiento filosófico y, en concreto, de su propuesta de racionalidad. Así, continúa diciendo en la carta 4, escrita desde La Pièce el domingo 19 de mayo de 1974, que:

> el pensamiento que se da a luz ha de ser concebido y eso es doloroso y algo más, algo inenarrable: desgarramiento, entrega, oscura gestación, luz que se enciende en la oscuridad hasta que la claridad del Verbo aparece como una aurora «consurgens»[71].

---

67 Cfr. Zambrano, M. (2004): *La agonía de Europa*, Valencia, Universidad Politécnica, p. 113.
68 Zambrano, M., *LP*, p. 193.
69 Cfr. Andreu Rodrigo, A., *María Zambrano. El Dios de su alma*, p. 124.
70 Zambrano, M., *LP*, p. 37.
71 *Ibidem*.

María Zambrano toma pie de la escena de la anunciación y del misterio de la Virgen que es Madre, para explicar cómo aflora o se da a luz al conocimiento verdadero. Por una parte, el Espíritu representa o explica en qué consiste el entendimiento agente: divino, activo, personal. Por otra, la Virgen es la imagen o el tipo del entendimiento paciente, padecedor, pasional. El encuentro de ambos y la gratuidad de su juego son las únicas garantías para que la razón no se ensoberbezca y no arroje a los infiernos del sinsentido a todo aquello que sobrepasa a las posibilidades del ser humano en cuanto humano.

2.2.4. El Logos creador como redención de la razón griega

Quizá pueda parecer que este último epígrafe tendría que haber aparecido antes, justo después de presentar la doctrina zambraniana sobre la divinidad y precediendo a la referida al Espíritu Santo. Y sin duda esto es verdad. Si se ha saltado el orden es porque hablar del Logos creador y de la creación en el pensamiento de María Zambrano es la llave que permite abrir las puertas necesarias para proseguir esta investigación.

María Zambrano escribe en una de sus primeras obras, titulada *Filosofía y Poesía*, un breve párrafo que habitualmente pasa inadvertido a los estudiosos de su pensamiento. La excepción es, y honra merece, el profesor Agustín Andreu. Él ha sido quien ha llamado la atención sobre la importancia de estas palabras de María Zambrano[72]. Este texto dice así

> «En el principio era el Verbo», el «logos», la palabra creadora que mueve y legisla al par. En las palabras en que se da esta revelación, la razón cristiana viene a engarzarse con la razón griega, rescatándola, como si las dos fueran la manifestación, una, y la revelación, otra, del mismo, único «logos». La venida a la Tierra, en un momento determinado de la historia, de un ser que portaba en su naturaleza una dualidad que puede ser sentida como contradicción impensable de ser a la vez y con igual plenitud divino y humano, no detuvo, sin embargo, la marcha del «logos» platónico-aristotélico, no deshizo la fuerza de la razón en su manifestación simplemente humana: su primacía. Y a pesar de la acusación paulina «la locura de la sabiduría», la

[72] Cfr. Andreu Rodrigo, A. (2010): «Fundamentación teológica de la razón poética», en *Aurora* nº 11, pp. 6-17.

> razón como raíz del universo y del conocimiento humano, siguió en pie. Más algo irreductiblemente nuevo había advenido: la razón, el «logos», era el de la creación sobre el abismo de la nada; la palabra divina Fiat Lux, descendida aquí en cuerpo y humana figura. Y así el «logos» quedaba situado más allá de la naturaleza y del hombre, aunque el hombre participara de él si lo acogía; el «logos» más allá del ser y de la nada. El Principio más allá de lo principiado[73].

En la lectura reflexiva de este texto comparece la intención filosófica primera y principal de María Zambrano: poner el logos en el Logos. Ante los sucesivos desgarramientos de la razón en la historia humana, que han supuesto hasta la desintegración de la identidad propia del ser humano, se hace necesario, y esto solo puede hacerse desde la filosofía cristiana, ofrecer un remedio para estas secesiones o recortes de la razón.

En este sentido, se puede decir que la filosofía de Zambrano, ejercida desde su profunda vivencia religiosa, cumple una misión de buen samaritano. A la filosofía cristiana e incluso a cualquier filosofía auténtica le corresponde acordar –hacer acorde armónico– el logos humano al Logos divino, devolviendo el primero al misterio de su origen y de su existencia, librándolo de su pecado. De su pecado original.

Hacer acorde entre la razón humana y el Logos divino supondrá también acordar las dos mitades del hombre, que para María Zambrano son la filosofía y la poesía. ¿Quién logra el acuerdo o el acorde? La mística, como forma de piedad, es decir de «saber tratar con lo otro. Porque tratar con lo otro es simplemente tratar con la realidad»[74].

Ahora, planteado el carácter específicamente cristiano de la vida y de la reflexión filosófica de María Zambrano –tanto en su expresión, como en sus temas–, se debe, por una parte, seguir el itinerario de la razón en sus desgarramientos (capítulos II y III); mostrar la solución que Zambrano propone, es decir, su paradigma de razón poética (capítulo IV); y, por otra, ver si de verdad este camino recorrido es una filosofía adecuada para edificar una teología respetuosa con la Revelación (capítulo V).

---

[73] Zambrano, M. (2010): *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, pp. 14-15. (En adelante *FP*).

[74] Zambrano, M., *HD*, p. 197.

II. FILOSOFÍA Y CRISTIANISMO A LA VEZ: UN IMPOSIBLE REAL

La expresión «un imposible real»[75] pertenece al pensar de María Zambrano y se refiere a la unidad que puede darse entre experiencia religiosa y experiencia filosófica. Aunque ella la dirige primariamente a los planteamientos de Platón y de Plotino, encontrando en ellos su justificación, un examen detenido de la obra de Zambrano muestra que esta expresión conviene perfectamente a la esencia de su propio quehacer filosófico, es más, a su propio itinerario vital.

Tras haber encontrado y mostrado en el capítulo I el quicio de su pensamiento, identificándolo con la relación que se establece entre el hombre y la divinidad y, más concretamente, con su misión filosófica de poner el logos humano creado y creador –composición de pasividad y actividad– en el Logos divino y trascendente, increado y creador –puramente activo–; una vez revivida en los capítulos II y III la experiencia de destierro provocada por el doloroso desgarramiento inicial entre razón humana y razón divina, un itinerario muchas veces penoso a través de los grandes hitos del pensamiento occidental; y después de haber descrito en el capítulo IV su noción de racionalidad inclusiva dependiente de la realidad de lo sagrado; el último capítulo de esta investigación doctoral tiene como finalidad mostrar si, dentro de esta propuesta de razón, el desempeño filosófico de María Zambrano puede ser calificado como filosofía cristiana.

Para ello, en un primer momento, se analizará la relación que existe entre razón y salvación, recuperando un fragmento de la ya citada *Carta a Dieste*. En segundo lugar, tomando como base una de sus últimas obras, *Los bienaventurados*, intentará responderse a la pregunta sobre la razón de ser y la necesidad de la filosofía si, como ella confiesa, el Logos divino se hizo carne. La respuesta, como podrá verse, está en la esperanza como energía que alienta la búsqueda vital de la verdad. Por último, ya de modo marcadamente conclusivo, se presentará la reciprocidad que existe entre Dios y el ser humano, la fe y la razón, la filosofía y la teología, en la propuesta filosófica de María Zambrano. Una relación que justificaría plenamente la calificación de filosofía cristiana.

---

[75] Zambrano, M., *LB*, p. 46.

1. «Lo que ha de salvarnos»

La filosofía de María Zambrano es una filosofía de luz, como el cristianismo es una religión de luz. No en vano, en el ir y venir de las reflexiones acerca de la razón, Zambrano recurre al prólogo del *Evangelio según san Juan*, para mostrar cómo el pensamiento es «luz que se enciende en la oscuridad hasta que la claridad del Verbo aparece como una aurora consurgens»[76]. Luz y logos son conceptos clave de ese canto que inaugura el evangelio joánico y que, en línea complementaria a la metafísica del ser, constituyen la también clásica –y, por qué no, neoplatónica y cristiana– metafísica del logos[77]. Este carácter iluminativo es el que alienta a Zambrano a soñar y a buscar una forma de racionalidad que tenga como ámbito lo universal, lo necesario y lo evidente y que, rompiendo la frecuente reducción a una racionalidad instrumental y desde un carácter frecuentemente fronterizo, se inserte en la tradición filosófica y se abra al mismo tiempo a la dimensión práctica del ser humano en su sentido más clásico.

Esta constatación tan amplia hace que la utilización indiscriminada de la locución razón poética[78] tenga el riesgo de ser reductiva, hasta el punto de poder considerarse «un icono en el que María Zambrano ha quedado prisionera»[79]. Pero si se trata de un concepto tan asentado y representativo que aparece en seguida que se menciona a Zambrano, ¿cómo salvar esta dificultad terminológica?

Una de las caracterizaciones más tempranas y más detalladas de la razón que ofrece María Zambrano es la que aparece en 1945 en la correspondencia

---

[76] Zambrano, M., *LP*, p. 37.

[77] Los conceptos luz y logos no pueden considerarse privativos de una línea metafísica como la neoplatónica, aunque sea neoplatónica y cristiana. Su presencia está ligada a la categoría de creación, que para santo Tomás de Aquino se realiza por el Logos (=Verbum), otorgándole la inteligibilidad luminosa necesaria para que haya conocimiento filosófico del ente y de Dios. Además, esa luz está participada en el ser humano, como ser *capax Dei*. Cfr. Ramos, A. (2014): «A Metaphysics of the Logos in St. Thomas Aquinas: Creation and Knowledge», en *Cauriensia*, vol. IX, pp. 95-111, ed. electrónica (03/03/2018): < goo.gl/sEGv5S>. Para entender el alcance de la 'metafísica del logos' resulta imprescindible la línea de investigación desarrollada en la Universidad de Navarra por el grupo de trabajo *Hermenéutica patrística y medieval (Logos)*, coordinado por la profesora María Jesús Soto Bruna, editora a su vez del número IX de la revista *Cauriensia* al que se acaba de referir.

[78] La más sintética y precisa aproximación al término *razón poética* –en Zambrano y en otros autores– en su sentido de facultad creadora es la que se ofrece en Labrada, M. A. (1992): *Sobre la razón poética*, Pamplona, Eunsa.

[79] Revilla, C. (2004): «Sobre el ámbito de la razón poética», en *Revista de la Asociación de Hispanismo Filosófico*, nº 9, p. 1, ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/1cQueW>.

con el poeta Rafael Dieste y, en ella, se encuentra claramente la fórmula razón poética. Podría pensarse legítimamente que, si se trata de la conversación epistolar entre un poeta y una filósofa, el adjetivo poética es una referencia inequívoca a la poesía. Sin embargo, hay que ir más allá. Nuevamente la cuestión zambraniana exige arriesgar y dar el salto al relato bíblico y teológico: razón poética es razón creadora; o, con la precisión de la síntesis teológica de los padres de la Iglesia y de los escritores eclesiásticos, Logos creador. Se trata ni más ni menos que del momento inicial en el que, según la teología joánica, «por medio de él (=el Logos) se hizo todo» (Jn 1, 3). Solo puede entenderse adecuadamente la expresión razón poética –en el sentido en el que la usa María Zambrano–, si se sitúa en el contexto creador y si se refiere a la totalidad de la creación, no solo a determinados productos literarios capaces de transmitir sentido, a los que genéricamente se denomina poesía. Del mismo modo que en el cántico se exalta al Logos que, por atribución divina, se encarna, toma carne humana, la razón poética toma carne en los saberes de sentido –filosofía, poesía y religión–, sin que ninguno de ellos pueda arrogarse en exclusividad esta presencia creadora.

En la misma clave joánica es necesario introducir otra de las llamadas atribuciones divinas, en este caso, la redención. Solo de esta manera puede justificarse y entenderse en toda su extensión la misión filosófica de Zambrano de devolver el logos al Logos. Así la razón poética se convierte en «lo que ha de salvarnos»[80]. No se trata de reformular principios ni siquiera del intento de Ortega de una reforma de la razón, sino de un logos que llegue al interior, que sea alma, incluso espíritu. Una razón que no se reduzca a logicismo, sino que sea vivificante, capaz de conjugar[81] los diferentes aspectos de la vida. Y esta razón –marcadamente espiritual– no será como «la otra», que puede caracterizarse como superficial, externa, beligerante, ácida, triste, sino que logrará conectar y cohesionar toda experiencia de lo real, incluso las que más tengan que ver con el misterio, ya que procede de él y a él tiende, en cuanto experiencia de lo sagrado.

Estas sencillas acotaciones hacen que surja una pregunta que, al menos formalmente, no se ha planteado nunca: ¿Por qué la historia del logos que propone María Zambrano se parece tanto a la historia de la salvación? Parece que el itinerario es el mismo: un momento originario en el que el increado crea; el

[80] Zambrano, M. (7 de noviembre de 1944), *Carta a Dieste*, en *Boletín Galego de Literatura*, nº 6, noviembre, 1991, p. 103. En Moreno Sanz, J., *LO*, p. 102.
[81] Zambrano, M., *LP*, p. 195.

desgarramiento que sitúa a lo creado en soledad y, al mismo tiempo, en una dinámica de exilio; el tiempo de una encarnación en la que lo desprendido vuelve a reconciliarse con clara preeminencia del trascendente –activo y encarnado– que viene en ayuda del transcendido –pasivo y elevado–; un momento extático de bienaventuranza, de la que también participa lo corporal transido de espíritu.

Así, la razón, en cuanto fuerza armonizadora, redime al ser humano de «una especie de imperativo de la filosofía, desde su origen mismo, el presentarse sola, prescindiendo de todo cuanto en verdad ha necesitado para ser»[82]. En efecto, esta nueva razón libera de los ínferos o de la cárcel de las sombras a todo lo que pertenece al misterio de lo sagrado y a todas aquellas disciplinas que se acercan a él con la humildad y la reverencia debidas, librando, al mismo tiempo, al sujeto del ya comentado individualismo de corazón, propio del ser que ha olvidado la unidad originaria que brota de la dependencia universal de lo sagrado y de su lugar en ella.

A este logos buscado por María Zambrano que cumple una misión salvadora, se le atribuye otra de revelación o desvelación. Así, uno de los focos de su pensamiento consistirá en la recuperación de todo lo que supone pasividad y receptividad en el conocer y vivir humanos. En este sentido juega un importante papel un determinado saber sobre el alma, que, en primer lugar, supone reconocerla y reconocerla como dada. Sirva como ilustración una de las conversaciones con su maestro Ortega recreadas en su obra autobiográfica *Delirio y destino*, donde escribe: «el alma existe. ¿Tú sabes? Y nos la dan impresa»[83]. Esta alma dada es, además, un alma religiosa[84]. Junto al alma, cobran una importancia excepcional los sueños, no en clave freudiana –como instancia predictiva o reveladora que manifiesta los deseos reprimidos de la persona–, sino como epifanía de la propia identidad de cada alma, de cada ser humano, que se corresponde con una vida al margen del tiempo o atemporal. En su obra *El sueño creador*, escribe:

> La situación inicial del hombre es, pues, la de pasividad; estar enclaustrado, entrañado, con el ser recibido que tiende irreprimiblemente a desentrañarse, a manifestarse. Es decir, el estado de sueño, sea dormido o despierto[85].

---

82 Zambrano, M., *NM*, p. 65.
83 Zambrano, M. (1952): «Delirio y destino. Los veinte años de una española», en *OC*, VI, p. 958.
84 Cfr. Zambrano, M., *OC*, VI, p. 958.
85 Zambrano, M. (1970): «El sueño creador», en *Obras Reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar, p. 30. (En adelante *OR*).

La lectura de este fragmento evoca la definición de lo sagrado como placenta a la que ya se ha aludido en el capítulo anterior y que conlleva el depender como fuente de la existencia; y, al mismo tiempo, la libertad como signo de un despertar que se convierte en una sucesión de despertares, pues ni la dependencia se agota ni la libertad es absoluta. Es, en definitiva, una «escala»[86] por la que el alma –y, por tanto, la persona humana– transita y asciende hasta el lugar fuera de todo lugar y el tiempo sobre todo tiempo que es la bienaventuranza.

Vista la relación que existe entre el logos buscado por María Zambrano y el dogma cristiano en lo que refiere a creación, encarnación y redención, surge una pregunta muy importante y que ella misma formula en su obra *Los bienaventurados*, publicada poco antes de su muerte: si la historia del Logos cristiano está cumplida universalmente, ¿qué papel puede jugar una filosofía que tenga el mismo objeto? Una virtud sobrenatural asentada sobre una experiencia humana fundamental, como es la esperanza, ofrece la respuesta.

2. «Y si el Verbo se hizo carne, ¿a qué la filosofía?»

Los bienaventurados es el último libro que María Zambrano publica en vida. Comenzó a preparar su edición en 1989, ayudada por Rosa Mascarell –su secretaria en los últimos años–, y salió a la luz en 1990. Esta obra puede considerarse como el clímax de la explanación mística de su planteamiento filosófico, que ya había iniciado en la década de 1970 con *Claros de bosque*. Es cierto que, como se ha visto en el capítulo IV, María Zambrano ofrece una definición de filosofía desde sus obras más tempranas y que va planteándola en su relación con los demás saberes de sentido y con la fuente misma de la racionalidad; sin embargo, es en su madurez cuando se decide a verbalizar lo que ya iba precipitándose como la quintaesencia de sus reflexiones: «Y si el Verbo se hizo carne, ¿a qué la filosofía?»[87]. Esta es una pregunta radical. Radical para el filósofo y radical para el teólogo. Radical, en definitiva, para el cristiano filósofo que comprende que no puede diseccionar su vida en dos compartimentos estancos: el de la teoría y el de la vida o, por qué no, el de la razón y el de la fe.

---

[86] Cfr. Zambrano, M., *OR*, p. 30.
[87] Zambrano, M., *LB*, p. 56.

Máximamente radical, en una cultura en que realidad y verdad se han confinado a los más o menos escasos resultados de las ciencias experimentales, que dan para ir viviendo, pero no para vivir[88]. La pregunta de Zambrano es una pregunta de creyente y de pensante, que aúna la convicción personal de la fe profesada con la de la racionalidad humanamente ejercida. Por supuesto no es una pregunta escéptica que niegue la posibilidad de uno de los términos o de los dos, como tampoco suspende el juicio. María Zambrano responde y esta respuesta es su contribución final a la misión filosófica aceptada de resituar el logos en el origen del cual nunca ha dejado de sentir nostalgia, aunque haya renegado de él.

En primer lugar, y como bien señala José-Miguel Ullán[89], hay que hacer una precisión. El pensar de María Zambrano destaca el momento 'y' o, en latín, 'et'. La respuesta va a ser un sí rotundo tanto a la fe, como a la filosofía, y a las dos, en su relación. La clave nuevamente está en el dogma cristiano: si la anunciación es el momento que une la actividad divina 'y' la pasividad humana; si la encarnación une la naturaleza divina 'y' la naturaleza humana –uniendo al Logos divino con un logos humano–, ¿por qué va a haber un abismo infranqueable entre ambas orillas? ¿Un abismo tan infranqueable que hasta haga dudar de la existencia de la otra orilla?

La primera respuesta es una confesión –ese género tan apreciado por Zambrano–: «No hay filosofía propiamente si en ella no se da algo que sostiene y abandona al par a la arquitectura de la razón»[90]. Y a esta respuesta sigue –paradójicamente– una pregunta: ¿en qué consiste ese algo? Parece que es un movimiento del espíritu que invita a transitar de un lado a otro, algo que es necesario para cubrir un camino y, sin embargo, al llegar a cierto punto, resulta incapaz por innecesario. Este algo tiene nombre de virtud teologal: es, y Zambrano lo plantea sin ningún tipo de prevención, la esperanza. No obs-

---

88 Cfr. ZAMBRANO, M. (1971): «La unificación del conocimiento y las fronteras de lo humano en la unidad», en *Educación* (33), p. 91.

89 Cfr. ULLÁN, J. M., «Relato prologal», en ZAMBRANO, M. (2010): *Esencia y hermosura. Antología*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, p. 36. Desde este relato «Relato prólogal» podría calificarse a María Zambrano de una mujer 'y'. El propio Ullán lo ratifica al describirla como conversadora: «Era un placer, no exento de inquietud reconfortante, oír su entremezclar en armonía las rotundas y las medias palabras, la premonición y la huella, la confidencia personal y el alarido en nombre de los muertos, las toses y las risas, la plegaria y el refunfuño, el sermón y la travesura, la religión y la filosofía, la poesía y la historia, la amistad y el escarmiento».

90 ZAMBRANO, M., *LB*, p. 76.

tante, antes de llegar a esta respuesta definitiva, María Zambrano propone un metadiscurso acerca del ser de la filosofía, que poco a poco se va acercando a «las raíces de la esperanza»[91].

2.1. *Filosofía tras la creación y la encarnación*

La encarnación representa para Zambrano el primer paso de la salvación del logos desprendido por violento desgarro de su origen sagrado. En cierto modo y parafraseando a Steiner, puede afirmarse que toda creación humana tiene como razón y condición necesaria la creación[92]. Pero ¿cómo hacerla categoría filosófica aceptable para una cultura que sospecha de lo religioso o, incluso, lo elimina en aras de una racionalidad positivista autosuficiente que solo aspira a «ceñirse a los hechos»[93]?

Para dar respuesta a este desafío, María Zambrano propone una filosofía que se ocupe de lo que está por debajo de los hechos. Así la define como «la visibilidad de segundo grado»[94]. Esta visión no solo es la propia del pensamiento filosófico, sino que además es un peldaño indispensable para que el místico o el iniciado puedan experimentar la visibilidad fundamental que es contemplación y éxtasis en la esfera de los misterios. La filosofía entonces no es que posea, sino que es poseída por lo más universal, el «Todo y el Uno»[95]. Postular la universalidad como nota esencial choca de lleno con la idea moderna de una filosofía reducida a su forma discursiva: una filosofía de coordenadas, marcada por el cartesianismo y «nacida de una respuesta evidente, concluyente, imperante, pues, en grado sumo»[96].

Así pues, es vital romper con la idea de una filosofía que tenga como finalidad principal «sujetar el pensamiento»[97], en lugar de plantear en esperanza

---

91 *Ibid*., p. 100.

92 Cfr. Steiner, G. (2017): *Presencias reales*, Madrid, Siruela, p. 206. También Steiner se pregunta en la tercera parte de esta obra la razón de la creación estética y de la belleza, concluyendo, con una tesis fuerte de carácter metafísico y religioso a la par: la única garantía de la inteligibilidad de lo real es la Transcendencia. Al mismo tiempo que reconoce que solo desde la aceptación del origen, el ser humano puede ser considerado creador y «anfitrión de la belleza». Steiner dirige este convencimiento a la comprensión de la creación estética, Zambrano, en la misma tónica, lo traslada a todo quehacer de sentido.

93 Zambrano, M., *LB*, p. 77.

94 *Ibidem*.

95 *Ibid*., p. 78.

96 *Ibid*., p. 82.

97 *Ibidem*.

el escatológico ya pero todavía no. Esta expresión ya clásica en la teología expresa la tensión entre la posesión en arras y la posesión completa de una vida en la gloria, la tensión entre la llegada y la consumación del reino; de ahí que María Zambrano se sirva de ella –o al menos de su sentido– para introducir en su planteamiento otra expresión netamente cristiana, llegando a afirmar que la filosofía es «la manifestación no de Dios sino de su Reino», culminando inmediatamente con la segunda petición del padrenuestro: «Adveniat regnum tuum»[98]. Es el deseo místico de quien ha gustado la presencia y la figura de la realidad misteriosa y que ha comprendido su carácter de don.

La única filosofía posible tras la encarnación no renuncia a la herencia de Heráclito. María Zambrano, de modo recurrente, señala como imagen de la continuidad anhelada el «fuego incesantemente encendido» y un «torpe arroyo». No son dos metáforas aisladas, sino que en el colmo de la visión zambraniana resulta necesario que el fuego «encienda el agua». En este sentido, la filosofía, al mismo tiempo que supera las reducciones cartesiana y positivista, que explican los hechos como «inercia y obstinación», las cosas, como «hechos condensados, fijados», que subyugan «irremediablemente» tanto al sujeto, como al objeto, debe abrirse a la «posibilidad de desbordamiento»[99].

Este desbordamiento sirve a María Zambrano para introducir otras dimensiones esenciales de una filosofía adecuada a una racionalidad ensanchada. Por ejemplo, el ser expresión de libertad, el conllevar abandono y obediencia, determinada violencia y, finalmente, la felicidad y la bendición. Cualquier lector familiarizado con los itinerarios espirituales y las vías que conducen a la intimidad con el Absoluto notará que son nociones que forman parte del vocabulario de la ascética o de la teología espiritual.

En primer lugar, la libertad. No el sentimiento fingido de libertad que brota de la cosificación de lo real. María Zambrano entiende que la libertad es romper con un «universo fatalmente conformado», fruto de la cristalización de los hallazgos filosóficos en sistemas en los que, para que todo encaje y para que nada se escape, exigen del ser humano la renuncia a pensar a lo grande, «obligándolo a servir y a dejarse usar», sacrificando la experiencia del alma en favor de la experiencia de lo materialmente sensible o de lo lógicamente coherente. Zambrano entiende la libertad propia de la actitud filosófica como

98 *Ibid*., p. 78.
99 *Ibid*., p. 82.

la sorpresa, muchas veces padecida, ante el «encuentro con la realidad prometida que al fin accede a hacerse presente»[100]. En este contexto de libertad como ausencia de prejuicios negativos es en donde lo buscado se revela. Por esta razón, la libertad supone para el filósofo entrar en la noche oscura. Esta expresión originaria de la mística española del Siglo de Oro es empleada recurrentemente por Zambrano, quien entiende y explica «que la actitud filosófica es lo más parecido a un abandono»[101], a un entrar en estado de contemplación, sintiendo cómo la propia vida forma parte de un plan más amplio, en el que el azar es solo la noción de la que se sirven tanto racionalistas, como vitalistas para evitar penetrar en el ámbito del misterio y de la transcendencia, omitiendo que la pasividad es dimensión fundamental del conocimiento humano.

A partir de este momento, en menos de veinte páginas, María Zambrano va enlazando notas –siempre en sentido musical[102]– que permiten progresar en la caracterización de una filosofía adecuada a la razón que ha de salvarnos. Notas que, como ya se advirtió, forman parte del dominio de la lengua referido a la ascética, tanto la propia de la comunidad pitagórica –religiosa y pagana–, como la cristiana. El siguiente paso en esta concatenación es la obediencia, entendida en acuerdo con su etimología: la filosofía sabe escuchar y pasar a la acción. La actitud filosófica es obediente cuando no rehúye su dimensión de receptividad, cuando no deja de ser «una pasión que conduce a la muerte, a una vida, a un conocimiento»[103]. De una forma más clásica, Zambrano combinará la noción aristotélica de apetito con las platónicas de inspiración y de delirio. De hecho, se servirá del discurso de Diotima, con el mito de la concepción y el alumbramiento del amor (*El Banquete*, 203b-204b), para mostrar el verdadero sentido de una filosofía mediadora entre el movimiento y la quietud, «abierta a la circulación sin trabas de la luz»[104], donde el mayor enemigo es el yo cartesiano, metódico y moderno, que ha crecido a costa del logos y que «en su obstinación» tapa el horizonte y anega el camino, «ensanchándose, creciendo, representándose hasta convertirse en un verdadero personaje»[105].

---

[100] *Ibid*., p. 83.
[101] *Ibid*., p. 84.
[102] Zambrano, M., *NM*, p. 62.
[103] Zambrano, M., *LB*, p. 87.
[104] *Ibidem*.
[105] *Ibid*., p. 88.

La filosofía de la libertad y de la obediencia –del abandono– se presenta finalmente como una misión que compromete toda la vida, una especie de sacerdocio a mitad de camino entre lo místico y lo ritual, donde «pensar propiamente es arrancar algo de las entrañas a la realidad en cualquiera de sus aspectos y modalidades»[106]. Parece que esta expresión sirve para explicar en qué consiste la filosofía y, en particular, la metafísica. No es una ciencia fenomenológica que vea desde lejos los objetos o sus representaciones, sino que penetra hasta lo más hondo de los seres –de todos y cada uno– no para incluirlos en catálogos ontológicos, sino para poseer algo de ellos. Este trabajo metafísico se presenta como costoso, no en vano el verbo empleado es «arrancar» y el lugar en el que tiene lugar esta acción es la «entraña» de los seres, no las apariencias, sino su fondo más profundo. ¿Hasta dónde llega esta razón? Su objeto es el todo, toda la realidad, añadiendo «en cualquiera de sus aspectos y modalidades». Este objeto universal asimila a la filosofía con sus hermanas en el saber de sentido, la religión y la poesía.

Contrasta este «arrancar de las entrañas» con la recapitulación final en la que, utilizando la expresión de Hegel «lo que se busca», muestra cómo solo una filosofía de este tipo tiene sentido tras la encarnación del Verbo, porque lo que aporta es «acción y saber, razón de nuevo, nuevamente quiciada, lo que desde la filosofía y la poesía se busca, la respuesta de la filosofía con la acción de la poesía»[107]. La filosofía tendrá que cuidar de quedarse en enquistar respuestas, porque lo suyo es enquiciar preguntas, sin separarse del logos originario. Esta situación de hermanamiento racional de filosofía, poesía y religión es la insinuación de un logos de la bienaventuranza, «lo cual sería ya más que la felicidad como respuesta, sería la bendición»[108].

2.2. *«Las raíces de la esperanza»*

En el capítulo IV de esta investigación doctoral, se ha mostrado cómo la filosofía anhela cubrir una nostalgia: la nostalgia del ser. Zambrano entiende al filósofo verdadero como una persona que camina en pos de una unidad deseada, como un buscador del locus en el que todo es uno y no necesita de más

[106] *Ibid*., p. 91.
[107] *Ibid*., p. 96.
[108] *Ibidem*.

explicaciones, sino de contemplación. Esta búsqueda tiene tanto que ver con el origen como con el porvenir, por eso es al mismo tiempo nostalgia y esperanza, y no, progreso –esperanza secularizada–. La zambraniana nostalgia del ser está muy cerca de la política platónica que muestra al ser humano siempre en comercio con lo divino, anhelando un orden primigenio[109].

En ese orden original, originario y originante, está la razón de todo. María Zambrano, en claro ejercicio sapiencial, afirma que:

> es la esperanza que crece en el desierto que se libra de esperarnos por no esperar nada a tiempo fijo, la esperanza librada de la infinitud sin término que abarca y atraviesa toda la longitud de las edades[110].

La esperanza es presentada no solo como una realidad esencial del ser humano, constitutiva de su ser y, por tanto, esencial, sino también como propia de las experiencias sociales que se han configurado a lo largo de la historia. Este convencimiento de Zambrano se ve refrendado por otro de sus textos esenciales y que conviene tener muy en cuenta:

> Si la filosofía existe como algo propio del hombre, ha de poder franquear distancias históricas, ha de viajar a través de la historia; y aun por encima de ellas, en una suerte de supratemporalidad, sin la cual, por lo demás, el ser humano no sería uno, ni en sí mismo... ni en la unidad de la especie[111].

Estas palabras han sido magistralmente comentadas por Joaquina Labajo, al afirmar que «a través de la defensa de la autonomía y extratemporalidad de la filosofía, concebida como capacidad inherente al hombre, María Zambrano firmaba su adhesión a la unidad del género humano»[112]. No obstante, es necesario hacer dos precisiones respecto a la expresión unidad de la especie: la primera consiste en reafirmar la distancia que existe entre María Zambrano y el marxismo, tal y como confesó a su amiga Elena Croce[113]. La segunda es

---

[109] Muy interesante, relacionar el proyecto filosófico de María Zambrano de poner el logos en el Logos, con el ideal de sociedad perfecta de Platón. En ambos casos, la nostalgia funciona como motor capaz de resituar la experiencia humana en su origen divino e ideal. Esta comparación desde la clave de la nostalgia se apoya en García Gual, C. (1985): «Platón, nostalgia, historia, utopía», en *Revista de Filosofía Taula*, nº 3 (mayo), pp. 27-37, ed. electrónica (03/03/2018): <goo.gl/TJ7fQJ>.

[110] Zambrano, M., *LB*, p. 112.

[111] Zambrano, M., *NM*, p. 66.

[112] Labajo, J. (2011): *Sin contar la música*, Madrid, Endymion, p. 29.

[113] Cfr. *ibid.*, p. 273. Esta conversación está referida de buenas fuentes en la obra de Labajo.

que esta distancia que existe entre filosofía y tiempo no supone una separación absoluta entre ambas experiencias, sino más bien, y como ya se ha referido, la consideración del logos humano como una puerta al presente divino, en el que cobra sentido la pregunta por el ser humano y su actividad.

Una vez introducida la problemática en torno a la relación entre filosofía, esperanza y tiempo, puede accederse a lo que María Zambrano denomina «las raíces de la esperanza» y que se correspondería con una tercera serie de respuestas a la pregunta por ese quejido esperanzado de «¿a qué la filosofía?».

Si María Zambrano afirma en *El hombre y lo divino* que el fondo de lo real es lo sagrado, ahora precisa que el ser humano tiene como fondo último de la vida la esperanza, ya que «la vida del ser humano se dirige inexorablemente a una finalidad»[114]. Esta afirmación es enormemente relevante para calificar la propuesta filosófica de María Zambrano, por si no fuera suficiente con la claridad con la que reclama la existencia de un origen real común para todos los órdenes de la existencia, ahora postula inequívocamente la existencia de una finalidad. Sin ella, es inexplicable la vida humana y su fondo último que, como se ha señalado anteriormente, es la esperanza. Al polinomio filosofía/esperanza/vida, se añade ahora el convencimiento de la existencia de una finalidad necesaria para superar los prejuicios de la razón moderna que, poco a poco, se redujo a una razón que solo entiende con seguridad de procesos materiales y de causas eficientes con referencia empírica.

El lugar donde bulle la esperanza –donde llama con verdadera *auctoritas*– es el corazón. No el de una hermenéutica trivial de las razones del corazón de Pascal, sino más bien el de san Agustín, aquel corazón en el que tienen lugar sus confesiones, una interioridad que tiene la virtualidad de la intensión y de la intensidad. El corazón-interioridad de Agustín y Zambrano es el lugar donde la memoria va rescatando lo primero y descubriendo en ello lo último. Se trata de sucesivos niveles de profundidad, en los que acontecen no solo sucesos psicológicos –no es una interioridad meramente natural–, sino el encuentro con Dios ante quien se realiza la confesión y que posibilita la apertura a los demás seres humanos[115] en la historia. Es en el corazón, donde Agustín, rompiendo

---

[114] Zambrano, M., *LB*, p. 100.

[115] Cfr. Guardini, R. (2013): *La conversión de Aurelio Agustín. El proceso interior en sus Confesiones*. Bilbao: Desclée de Brouwer, pp. 23, 41 y ss. Esta obrita de Guardini ofrece algunas claves sobre el concepto de alma en san Agustín que permiten iniciar un estudio comparado con la idea de alma en María Zambrano, doctrina que le acarreó la ruptura con su maestro Ortega.

con la pretensión platónica de inmortalidad, se abre al deseo de eternidad de carácter netamente cristiano[116]. En la misma clave, María Zambrano recela de las propuestas parciales de futuro y se inclina por las omniabarcantes de eternidad, no sin denunciar que a lo largo de su historia «la filosofía [...] ha descuidado esa intimidad del ser oscura y palpitante»[117]. El ser oscura y palpitante, en coherencia con los textos y con la lectura que se está proponiendo, puede entenderse como ser profunda y viva.

Si lo anterior tiene que ver con el tiempo y la eternidad, puede darse un paso adelante, afirmando que la esperanza, en su lugar del corazón, es de por sí «un puente entre la pasividad [...] y la acción»[118]. María Zambrano entiende que la esperanza, como posibilidad para la filosofía, constituye el nexo de unión –la razón zambraniana es razón mediadora– entre origen y fin, entre pasión y acción. La Zambrano que critica abiertamente a Aristóteles, tendrá que concederle en este momento que la esperanza como puente se asemeja casi hasta la identidad con la más alta actividad del ser humano que es el acto de la contemplación, propio de lo divino que hay en él. Este acto es de por sí el único que puede mantenerse en mayor continuidad y el que otorga la felicidad más perfecta (*Ética a Nicómaco*, X, 7, 1177a). Para Zambrano esta esperanza conlleva la desaparición del sujeto como invento moderno y, al mismo tiempo, la actualización de la finalidad propia de la persona humana[119].

Como la esperanza tiene lugar en la intimidad-corazón y esta es siempre susceptible de mayor profundización y crecimiento, debido a su carácter esencial de apertura, al fondo podrá encontrarse «algo que la sostiene: la confianza»[120]. Si la esperanza sostiene la vida, la esperanza es sostenida por la confianza. Este necesario y fundamental cimiento –Zambrano nunca se referirá a la esperanza y a la confianza como virtudes– posibilita el crecimiento: acrecentamiento, ahondamiento, vivificación son los términos que utiliza[121].

---

[116] Cfr. Zambrano, M. (2011): *Confesiones y guías*, Madrid, Eutelequia, p. 59. Por otra parte, para completar esta cuestión es necesario acudir a Zambrano, M. (2016): «La Confesión: género literario y método», en *OC* II. En estas obras, la autora muestra como vías universales para transmitir, parafraseando su propia obra, un saber acerca del alma las confesiones, de corte agustiniano, y las guías, de corte molinista.

[117] Zambrano, M., *LB*, p. 101.

[118] *Ibid*., p. 103.

[119] *Ibidem*.

[120] *Ibid*., p. 101.

[121] Cfr. *ibidem*.

El puente de la esperanza tiene unos arcos, que pueden ser calificados como etapas de un itinerario o pasos de un caminar. Estos arcos son fáciles de nombrar y, nuevamente, se corresponden con estados de la ascética cristiana: aceptación, llamada, don. La aceptación tiene que ver con la realidad y supone el ineludible trato del ser humano y la obligación de una mirada en verdad[122]. La llamada también tiene su lugar en el corazón y presupone el estado previo de relación verdadera con la realidad. Esta llamada-vocación es el arco central del puente y tiene que ver con la presencia del Otro envuelta en el silencio y que necesita ser expresada en la voz y la palabra del ser humano en el que alienta. Esta es la caracterización más fina del logos creado y creador: la creación humana es respuesta a lo previamente dado. Sin la continua referencia del logos al Logos es imposible que exista o se ejercite algo tal como la razón poética. El tercero de los arcos es el del don: «ofrenda y, si llega el caso, sacrificio»[123]. La esperanza se dirige a ofrecer, tiende irremediablemente a lo que no es la propia persona, aunque la comprometa totalmente. María Zambrano concluye esta reflexión afirmando que:

> cuando de verdad la esperanza se dirige a ofrecer, puede ir más allá de lo que la razón común presenta, mas sin crear espejismos porque o va en la oscuridad –en la noche oscura– o en la luz directa de la verdad no aparente[124].

Búsqueda y unión son los caminos sobre los que deambula la filosofía tras la encarnación del Logos, rutas verdaderas sólo cuando lo que se busca es ofrecer. Si lo que se pretende es recibir, si cae en la avidez y la impaciencia, se convierte en ilusión, «esclava de la luz refleja»[125].

3. La reciprocidad y la «unidad superior».

La vida y la obra de María Zambrano son consciencia y conciencia del exilio. No la resignación ni la aceptación de un exilio forzado por razones ideológicas –que, indudablemente, existen–, sino el exilio que toda persona apasionadamente reflexiva puede descubrir en los itinerarios de su alma: del

[122] Cfr. *ibid*., p. 108.
[123] *Ibid*., p. 111.
[124] *Ibid*., p. 112.
[125] *Ibidem*.

hogar, a la sociedad; de la intimidad, a la comunidad; del sosiego, al vértigo de la cultura contemporánea. Exilio es la realidad trágica del logos humano desprendido –desgarrado– de su origen sagrado. Dramático exilio es cumplir la voluntad paterna del Logos divino sometido a la carne y a la muerte. Y en el drama y la tragedia se experimenta la conexión creadora. Zambrano lo aprende con sacrificio y por eso puede decir que:

> en mi exilio, como en todos los exilios de verdad, hay algo sacro e inefable [...]. Son más grandes las raíces que las ramas que ven la luz. Es la hora del amanecer, trágico y de aurora, en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a desvelarse ante la luz, la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir[126].

Congregación, sacro, inefable... son palabras que Zambrano utiliza para confesar –confesar, según el intento agustiniano– su experiencia vital, que sin duda ha marcado también su misión y propuesta filosófica. Este momento de unidad auroral es un momento de comunión. Hablando de Rafael Dieste y de un artículo suyo publicado en *Ínsula* sobre su Galicia natal, María Zambrano da con una clave que se aplica perfectamente a la culminación de su exilio vital y a la del exilio filosófico de la razón: «Se trataba, pues de la Eucaristía, no de la comunidad, sino de la comunión, que es lo que se busca en toda peregrinación y en toda romería»[127]. En la comunión, el exilio se transforma en peregrinación y romería. Quizá sea este el verdadero sentido de cualquier existencia humana y, al mismo tiempo, el del itinerario de la razón que María Zambrano describe en toda su obra.

Los compases finales de esta investigación tienen como título reciprocidad y «unidad superior». La reciprocidad ha quedado suficientemente fundamentada en el capítulo IV, al presentar exigentemente la necesidad de que los saberes de sentido reconozcan la deuda que tienen contraída los unos con los otros. Por otra parte, la «unidad superior» que añora María Zambrano queda descrita en un artículo suyo publicado en la revista Educación, que lleva como título «La unificación del conocimiento y las fronteras de lo humano en la unidad»[128]. En

---

[126] Zambrano, M. (2014): *El exilio como patria*, Barcelona, Anthropos, p. 59.
[127] Zambrano, M., *Esencia y hermosura. Antología*, p. 588.
[128] Zambrano, M. (1971): «La unificación del conocimiento y las fronteras de lo humano en la unidad», en *Educación* (33), pp. 82-91.

estas páginas vuelve a denunciar la especialización, así como los límites insostenibles que supone, llamando a la misión acuciante de «establecer nexos entre las diversas disciplinas»[129].

La especialización que olvida y recela de la unidad conlleva para María Zambrano el riesgo de caer en una «verdadera barbarie, en un nuevo paganismo en el sentido peyorativo de la palabra»[130]. Pocas líneas después explica en qué consiste la barbarie a la que se está refiriendo:

> Barbarie es vivir como extranjero a las grandes preocupaciones de la época, ignorar las leyes que están rigiendo la vida más cotidiana, usar de los productos de la técnica más refinada sin la menor idea del saber que los hace posibles; vivir, ir viviendo sin darse cuenta, como un objeto entre los objetos; seguir el camino trazado sin la menor intervención personal, propia, al modo de un autómata[131].

Barbarie es el hábitat en el que camina el exiliado. Barbarie es la situación del logos desasido de su origen. Sin embargo –todavía queda en el terreno de la denuncia fenomenológica–, es necesario que exponga la razón por la que la barbarie se impone como forma de la sociedad contemporánea. Zambrano no lo atribuye, por supuesto, a la falta de datos científicos ni a la falta de noticias, sino a la «falta de unidad superior que integra ciencia y ciencias, filosofía, historia, poesía, arte. Por falta de reflexión»[132].

«Por falta de reflexión». El último párrafo de este artículo que se viene citando explica en qué consiste esta reflexión, como elemento constitutivo e inexcusable del saber. En primer lugar, la consideración cuantitativa de los saberes, aunque sean grandes, es definitivamente infecunda. Saber sin reflexión se «disgrega, se desgrana como arena del desierto, es decir: es estéril». En segundo lugar, la reflexión es necesaria porque cumple una misión unificadora

---

[129] ZAMBRANO, M., «La unificación del conocimiento y las fronteras de lo humano en la unidad», p. 84. Al describir la especialización preocupante en los saberes, presenta a los científicos como una «casta», cuya actividad «ha dejado de estar exclusivamente enderezada al conocimiento». Dos razones son las que han conducido a esta derivación: la desmesurada responsabilidad de quienes se consideran «avanzadas del conocimiento» y el «lenguaje mismo de las ciencias», «inaccesible aun para las personas más cultas», fruto de una captación de la realidad realizada «no contemplativamente, sino para operar en ella, sobre ella».

[130] ZAMBRANO, M., «La unificación del conocimiento y las fronteras de lo humano en la unidad», p. 91.

[131] *Ibidem*.

[132] *Ibidem*.

de los saberes que conlleva tres ganancias: «los hace asimilables», los hace visibles «para que aparezcan conjuntamente» y «los hace íntimos». La suma de ganancias es que el conocimiento vivido en un medio reflexivo se hace vivificante. «Y solo el conocimiento que se hace vida merece su nombre; solo él está a la altura de la condición humana»[133]. Solo en el conocimiento que pasa de ser apropiación intelectual a ser apropiación cordial, saber de experiencia, vida.

En las próximas páginas, la investigación se dirige a valorar si la propuesta de circulación-reciprocidad-perichóresis de los saberes, ensanchamiento de la consciencia por la reflexión, unidad superior lograda que busca, investiga y propone María Zambrano puede recibir el calificativo de filosofía cristiana y por qué.

3.1. *¿O lo uno o lo otro?*

Una de las preguntas que más azota la sensibilidad filosófica y humana de María Zambrano es aquella que le obliga a escoger de modo excluyente entre un saber y otro saber, escoger un determinado ejercicio de la razón que se sitúa frente a los demás, despreciándolos. Esa razón beligerante y ácida que, a fuerza de ir recortándose, ha autocensurado su capacidad de transcender y volar hasta su origen sagrado, se ha recluido en la tristeza y en el inmovilismo más recalcitrante. La razón buscada por Zambrano no obliga a elegir entre saberes, sino que permite abrirse a todos, poniéndolos en su lugar, en circulación y dependencia, es la gota de aceite que suaviza y permite abrir una cerradura deformada por la herrumbre, causada por haber estado inutilizada durante siglos de racionalismo. Como ella misma escribe, utilizando de nuevo la imagen que había presentado en la ya citada *Carta a Dieste*,

> se tenía que sentir la gota de aceite llena de sabiduría que evita, dada a tiempo, la cerrazón de las entrañas, su petrificación. Y el hombre, ser de interioridad, no puede permanecer mucho tiempo con ellas cerradas o vacías[134].

La anchura de la razón humana tiene las mismas dimensiones que la vida y, en el caso de María Zambrano, también quiere manifestarse en el lugar que habita –en su habitación–, tal como lo ha descrito Ullán, refiriéndose a la casita

---

[133] *Ibidem*.
[134] ZAMBRANO, M., «La agonía de Europa», en *OC*, II, p. 374.

de La Pièce, junto al monte Jura: «Sea como fuere a aquel hogar María Zambrano llegó a llamarle de todo. Cierro los ojos: convento abandonado, choza, nido, cenobio, granja, catacumba, gruta, cámara de tortura, jaula, madriguera... Cielos e infiernos; islas movedizas, con el anhelo compartido de conformar un solo espacio donde volviera a ser pensable aquello que de suyo no es: redimirse en esta vida por amor a lo uno y a lo otro, por hermanar eso que no se alcanza, con lo que no se deja de padecer. Integridad de los espíritus: penas y gozos del alma»[135]. Un solo espacio, amor a lo uno y lo otro, hermanamiento... son expresiones que denotan el deseo de unidad que bulle en la experiencia de Zambrano.

Como ya se apuntó al principio de este capítulo, la conjunción –la conjunción 'y'– requiere hacer una pausa reflexiva y valorar su alcance. Uno de los síntomas de la modernidad es el haber roto con la unidad de los saberes y, por tanto, con la realidad que la sustenta. Este síntoma es quizá más notorio en la filosofía y en la teología. En primer lugar, con la inauguración de dos itinerarios excluyentes: razón o revelación; ciencia o fe; pensamiento crítico o pensamiento dogmático; ciencias experimentales o especulativas. En segundo lugar, con la ruptura de la continuidad entre filosofía y teología, recelando de la metafísica o de una disciplina clásica como es la teología natural. En tercer lugar, con la reducción de la filosofía a determinado análisis de los enunciados que busca la referencialidad indexical y empírica como garantía de existencia y, por tanto, de significatividad. Rota la conjunción, se instala la disyunción –la disyunción 'o'–: primero como planteamiento de dos rutas inconmensurables entre sí, segundo como elección de una de ellas, tercero como negación de la otra o, en el mejor de los casos, como ficción de una posibilidad de relación, que permita dotar de sentido fingido al ser humano y su experiencia.

Este planteamiento de oposición no es ajeno a la posibilidad de una filosofía cristiana y tiene un origen fehaciente en la Reforma emprendida por Lutero. La célebre afirmación del cardenal Willebrands de que el cristianismo solo tendrá futuro en la comunión[136] puede aplicarse perfectamente, en clave zambraniana, a la razón: solo en la comunión de saberes la razón es razón, la razón tiene futuro; y, por qué no, solo en la comunión de saberes la universidad tiene futuro. El envés de esta afirmación es el desencuentro, consecuencia del racionalismo esencial.

---

[135] Ullán, J.-M., «Relato prologal», en Zambrano, M., *Esencia y hermosura. Antología*, p. 12.

[136] Cfr. Willebrands, J. Discurso del 11 de noviembre de 1983, citado en AA. VV. (2017): *Lutero y la teología católica. Tender puentes entre formas de pensamiento diferentes*, Madrid, Ciudad Nueva, p. 81.

El pensamiento del encuentro y el ejercicio de la comunión –de la conjunción 'y'– en el pensamiento cristiano católico es más o menos claro y en él se injerta la propuesta de racionalidad de María Zambrano.

Como ha señalado Blaumeiser[137], para el católico la realidad está atravesada por el sentido vertebrador de una metafísica de la creación, que se ve reforzado por el misterio de la encarnación. Estos dos misterios no solo articulan la teología, sino que permiten una contemplación armoniosa de la realidad y de los acercamientos a ella. Si Tales pudo afirmar en razón que todo está lleno de dioses, el cristiano católico puede acercarse a la realidad sabiendo en razón que todo está dotado de un logos conciliador. Sin embargo, Lutero no comenzó por la creación y el «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gén 1, 31), sino por el pecado como potencia dialéctica que solo tiene solución en el misterio del Crucificado, «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1 Cor 1, 23). Desde esta perspectiva, fe y razón son ejercicios antitéticos. Es más, Dios mismo es la antítesis del ser humano. No es este el lugar para seguir ahondando en el análisis de cómo el pensamiento cristiano católico ha conservado una visión de la realidad afianzada en la conjunción *et*, mientras que los reformados han optado por un pensamiento desde el *aut*; sin embargo es preciso notar que la filosofía de María Zambrano en su *pars destruens* es la crítica de una razón edificada en la oposición, en la dialéctica negativa y en la condenación, mientras que en su *pars construens* es la afirmación de la reciprocidad, tal y como queda señalada en su obra fundamental *El hombre y lo divino* –nuevamente la conjunción 'y'–, en su planteamiento de razón inclusiva, con su intento de reintegración del ser humano, que tanto tiene que ver con la creación, la anunciación-encarnación y la redención –momentos 'y' de la experiencia judeocristiana–, constituyentes de su saber de reconciliación.

3.2. *La razón es posible*

Esta afirmación es clara para cualquier pensamiento de corte realista. Es verdad que se puede enunciar con multitud de matices, igual que María Zambrano matiza la afirmación de la filosofía, al reconocer que solo puede mantenerse

[137] Cfr. Blaumeiser, H. «¿O lo uno o lo otro? Martín Lutero y la perspectiva católica. Para un intercambio de dones», en AA. VV. (2017): *Lutero y la teología católica. Tender puentes entre formas de pensamiento diferentes*, Madrid, Ciudad Nueva, p. 71.

desde un «voto de pobreza virginal»[138]. Esta pobreza es el sello de autenticidad del logos que no renuncia a su misión, aun viéndose hoy en una época posfilosófica, marcada por la destrucción de la ontología invocada por Heidegger y por la deconstrucción del lenguaje propuesta por Derrida. Pero no es cualquier pobreza, es una «pobreza virginal», la propia de una virgen. Tampoco es cualquier virgen, sino aquella que en su regazo va más allá del éxtasis, va y viene de lo sagrado, concibiendo, sabiendo que lo concebido es obra no del espíritu absoluto –«fantasma que absorbe»[139]–, sino del concurso entre el Logos divino y el logos humano, que es carne y entrañas. De esta pobreza, también escriben Inciarte y Llano, contraponiendo el desasosegado interés sofístico de la conquista, a la tranquila espera/búsqueda de quienes creen en el don de la verdad[140].

María Zambrano confía en la razón que se despoja de afanes de control, que es apertura a lo divino y a lo humano, que funda, media y establece relaciones de adecuación, que cree en la intencionalidad y la justifica. Por esta razón –aquí 'razón' significa al mismo tiempo causa y racionalidad–, su pensamiento puede ser contemplado como una propuesta filosófica cristiana. Una al lado de otras. Si la exclusividad no es propia de la razón, tampoco puede serlo de una filosofía frente a otras. Las palabras de Schimidinger ayudan a entender la situación: «Una 'filosofía cristiana', por su misma identidad, debe estar al lado de los que defienden la posibilidad de la razón»[141]. Esta afirmación sería suficiente para considerar cristiana la propuesta filosófica de María Zambrano, sin embargo, teniendo en cuenta alguna de las consideraciones iniciales de la magna obra *Filosofía cristiana*[142], es necesario hacer alguna reflexión más, aun a sabiendas de que está escrita antes de la publicación de *Fides et Ratio*, a la que también será necesario acudir.

---

138 Zambrano, M., *LB*, p. 11.

139 Rodrigo Andreu, A., *María Zambrano. El Dios de su alma*, p. 124.

140 Cfr. Inciarte, F. y Llano, A. (2007): *Metafísica tras el final de la Metafísica*, Madrid, Ediciones Cristiandad, p. 26.

141 Coreth, E.; Neidl, W. M. y Pfligersdorffer, G., *FC*/1, p. 42 y ss.

142 Coreth, E.; Neidl, W. M. y Pfligersdorffer, G. (eds.) (1997): *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX* (3 tomos), Madrid, Ediciones Encuentro. Esta es la obra más extensa publicada en español sobre la denominada *filosofía cristiana*. Cada uno de los tomos se centra en un aspecto o periodo: «Nuevos enfoques en el siglo XIX» (Tomo 1), «Vuelta a la herencia escolástica» (Tomo 2) y «Corrientes modernas en el siglo XX» (Tomo 3): La obra atiende a los pensadores cristianos de las distintas lenguas, curiosamente la única mención a María Zambrano la sitúa en Cuba, como una filósofa no «expresamente católica», en la nómina de filósofos de lengua española que en Latinoamérica coincidieron en «formular teorías, adecuadas a la realidad, sobre el hombre como persona, sobre la ética, sobre el fenómeno de lo espiritual, sobre el arte y sobre la sociedad» (Tomo 3, p. 589):

3.2.1. El hábitat de la filosofía cristiana

En primer lugar, es necesario constatar que en un paradigma filosófico, científico o racional moderno e ilustrado es imposible hablar de filosofía cristiana: es el hierro de madera, el equívoco al que se refería Heidegger[143]. Este paradigma es para Zambrano causa de la agonía de Occidente, por eso no se cansa de denunciar la piqueta –es expresión suya– que destruye a Europa. Es el devenir de este continente el que «ha tenido la virtud de producir solapados enemigos, de engendrar el rencor en las oscuras cavernas en que se cría»[144]. La siembra de la enemistad y del solipsismo proviene de una autocomprensión cada vez más sesgada de su cristianismo: del olvido de la creación[145] como momento originario, a favor de la creación como actividad humana escindida de lo que es dado; del olvido de la resurrección como momento de recuperación de la unidad originaria, a favor de la lucha por la pervivencia; del olvido de la esperanza como anhelo de plenitud y cumplimiento, a favor del progreso entendido como proceso secularizado. Ante esta amnesia europea, visible ostensiblemente en el itinerario filosófico occidental, María Zambrano postula otra versión del cristianismo y junto a ella, otra forma de pensar y hacer filosofía.

Tal y como propone Zambrano, el principio de la resurrección de Europa está en su esencia, en «eso que por nada aceptamos»[146]. En efecto, se está refiriendo a su alma cristiana. Un alma puesta en tela de juicio por los grandes totalitarismos del siglo XX –por cierto, María Zambrano escribe esta serie de artículos titulados *La agonía de Europa* entre los años 1940 y 1944, en el París ocupado– y por el auge de las ideologías que permanece en pleno siglo XXI.

Como ya se ha señalado, el destino de la filosofía corre parejo al destino de Europa. Si Europa agoniza, agoniza la filosofía. Si la posibilidad de resurrección para Europa es la afirmación de su alma cristiana, la posibilidad de la filosofía occidental tendrá que aceptar una forma de razón tan ancha como para que tengan lugar la experiencia religiosa, la fe de la que brota, el lenguaje en que se expresa y su fondo cristiano.

Se trata de emprender la vuelta al Paraíso, a través de un mundo creado por el ser humano en estado de caída y soledad[147]. El a través es entendido,

---

[143] Cfr. HEIDEGGER, M. (1969): *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires: Nova, p. 46.
[144] ZAMBRANO, M., «La agonía de Europa», en *OC*, II, p. 333.
[145] Cfr. *ibid.*, p. 361.
[146] *Ibid.*, p. 347.
[147] Cfr. *ibid.*, p. 353.

de acuerdo con la propuesta agustiniana, como un proceso de ahondamiento en la interioridad humana, que, según Zambrano, traspone, transciende y atormenta, es inagotable e infinita y «está en el fondo, tiene fondo. Por eso, necesita revelarse, confesarse»[148], dando así el importante paso del yo oscuro al yo uno en su transparencia: una conversión del ser humano que tiene como signo la «aceptación de la realidad en forma reveladora»[149].

Para María Zambrano, esta conversión es previa al nacimiento de «una nueva filosofía, en esta tradición europea»[150], nacida «bajo su Dios»[151]. Una nueva filosofía, que supere el desatado culto al éxito, el idealismo, el naturalismo, el liberalismo[152]; que salga del «fangoso escepticismo» que había quedado de la fe en la razón[153] –en la razón escindida y autosuficiente, indigna de ser creída, esperada, amada–, perdida «por sus dones, más que por sus defectos»[154]. Es decir, por ocultar el «saberse lo más valioso del mundo, [...] bajo la hinchazón, bajo la soberbia»[155], por olvidar que «es imagen de alguien que al mismo tiempo le ampara y le limita»[156]. Este alguien es un ser real, es el Otro, el Absoluto, la Divinidad o, más concretamente, Dios mismo, el Dios de la Biblia, que se autorrevela y que hace partícipe de sus perfecciones y de sus predilecciones al ser humano. La unidad superior a la que se viene aludiendo viene dada por este origen, tiene lugar en el alma, la única dimensión del ser humano en la que cabe la reciprocidad propia de la razón ensanchada, donde cabe –inhabita– Dios.

Uno de los mayores enemigos de la filosofía, al que ya se ha hecho alusión, es esa oposición entre Dios y ser humano, entre fe y razón/filosofía, que renace con Lutero: Dios regresa a su infinitud, se desecha la razón/filosofía como instancia mediadora, el ser humano queda en soledad frente a un abismo que no podrá salvar con razón pura, sino con fe pura. Al desaparecer esta conexión, ante el Dios impenetrable solo cabe la combinación de agnosticismo y fideísmo. La razón se ve confinada en el ámbito de las ciencias naturales; la razón queda agnóstica, incapaz de proferir palabra sobre aquel que no solo

148 *Ibid.*, p. 372.
149 *Ibid.*, p. 360.
150 *Ibid.*, p. 360.
151 *Ibid.*, p. 353.
152 *Ibid.*, pp. 334 y ss.
153 *Ibid.*, p. 338.
154 *Ibid.*, p. 337.
155 *Ibidem.*
156 *Ibidem.*

es *semper maior*, sino *semper terribilis*; al ser humano le queda la *sola fides*, que fácilmente deriva en fideísmo. Será necesaria, afirma Zambrano, la mediación católica, de la Iglesia que confía en la creación divina, en «la hermosa realidad sacada por Dios de la nada»[157]. Realidad que no solo es afirmación de lo creado, sino del Creador, bajo una designación filosófica y más que filosófica: «Logos, principio del Universo; Logos encarnado»[158].

3.2.2. Itinerarios de una filosofía cristiana

La filosofía no es teología y la filosofía cristiana, por ser verdadera filosofía, tampoco puede serlo. Otra cosa es que la teología requiera fundamentos filosóficos, lenguajes filosóficos, razonamientos filosóficos. Esto es especialmente claro, por ejemplo, en la teología fundamental[159]. No es el caso de María Zambrano que, como la rica variedad de filósofos cristianos y más concretamente católicos, no se mueven por presupuestos teológicos, sino por un interés filosófico, de acuerdo con el método y los temas propios de este saber de sentido. Entonces, ¿qué es el filósofo cristiano o la filosofía cristiana? Aquella que vive en la revelación cristiana, teniéndola como horizonte y como medio ambiente donde desarrollarse[160]. El concepto de filosofía cristiana puede entenderse como aquella forma de pensamiento especulativo propio de un filósofo que, en su actividad, no pone entre paréntesis su concepción cristiana de la realidad.

Aunque toda la discusión en torno a la historia del concepto de filosofía cristiana es de un profundo valor, no es este el lugar para acometerla, sino para examinar el hecho de que María Zambrano es un ejemplo de filósofa cristiana que piensa de acuerdo con su propuesta de razón ensanchada: su pensamiento es verdadera filosofía en deuda con la fe –la fe cristiana y católica– y con la poesía. ¿Qué supone este acuerdo?

---

157 *Ibid.*, p. 355.
158 *Ibidem.*
159 Es importante señalar a este respecto una de las llamadas más acuciantes que María Zambrano realiza a la Iglesia: «Una teoría del conocimiento de la revelación se hace cada día más necesaria y no se deja de echar de menos en la 'nueva teología', de la que parecen existir pocas noticias de que se haya empezado esta tarea indispensable, si es que en la Iglesia se quiere salvar la existencia de la revelación, a no ser que, a imagen y semejanza de la mente occidental declarada en crisis o en bancarrota, no se haya renunciado a ella con un disimulado *vado retro*», en ZAMBRANO, M., *LB*, p. 30.
160 Cfr. *FC/* 1, pp. 24 y 25.

Para Zambrano, en primer lugar, no existe una vida humana que no esté cobijada en el misterio absoluto[161]. Este misterio es luz que aclara y luz que ciega, realidad auroral, y aquí radica el incesante padecer en las entrañas propio del ser humano. Su filosofía está también al amparo de este misterio que es lo sagrado: misterio absoluto, sagrado absoluto.

En segundo lugar, como quedó patente en el capítulo I, María Zambrano utiliza en su pensamiento el dato bíblico, no tanto como revelación en sentido teológico –dispuesta por Dios para comunicarse con el ser humano (cfr. *Dei Verbum*, 2)–, sino como relato revelador con una significación universal y real para la vida[162]. Y, por supuesto, para el pensamiento filosófico. El culmen de la revelación, tanto en clave teológica pura, como en clave zambraniana, está en la encarnación del Logos.

Por último, desde un punto de vista fenomenológico, en el pensamiento de María Zambrano queda suficientemente probado el convencimiento de que aunque las religiones no proceden de las metafísicas, estas últimas sí que están en indiscutible dependencia de determinadas categorías religiosas fundamentales[163]. No será necesario aludir nuevamente al uso que María Zambrano realiza de las nociones teológicas de creación, encarnación, redención para explicar su misión filosófica y su propuesta de razón inclusiva, ensanchada.

3.3.3. La fe y la razón

La discusión intraeclesial sobre las relaciones entre la fe y la razón quedó definitivamente orientada por la encíclica *Fides et ratio* (1998), de san Juan Pablo II. En este documento magisterial se ofrece un marco que regula las

---

[161] Cfr. *FC*/1, p. 42. En este sentido también resulta importante el acceso directo al artículo de Henri de Lubac publicado en la *Revue Théologique* (LXIII, 1936), con el título «Sur la philosophie chrétienne», que recientemente ha sido traducido y editado por Marcelo López Cambronero para la editorial Nuevo Inicio. En su estudio crítico, López explica cómo en la polémica sobre la filosofía cristiana hay un componente definitivo: un dualismo de origen teológico entre lo natural y lo sobrenatural, solo este dualismo, en ocasiones maniqueo, hace inaceptable un filosofar cristiano que sea verdadero filosofar e integre determinados contenidos de la Revelación, como luz impulsora de la aventura del conocimiento humano. Cfr. De Lubac, H. (2017): *Sobre la filosofía cristiana*, Granada, Nuevo Inicio, p. 105.

[162] Cfr. *FC*/1, p. 28.

[163] Cfr. *FC*/3, p. 55. De esta opinión es Scheler, quien afirma que «estas determinaciones dualistas de la relación entre filosofía y religión contradicen a la esencia de la religión y la filosofía», Max Scheler (2007): *De lo eterno en el hombre*, Madrid, Encuentro, p. 80.

relaciones entre revelación, teología y filosofía, salvaguardando la identidad de cada una de ellas. La teología realiza un doble movimiento: en primer lugar, recibe y acepta la revelación –explicitada por la tradición, la Sagrada Escritura y el magisterio–. A este movimiento se le denomina *auditus fidei*; en segundo lugar, quiere dar razón ante los requerimientos del pensar humano, ofreciendo un desarrollo especulativo. A este segundo movimiento se le denomina *intellectus fidei*. Es en el *intellectus fidei* cuando la filosofía puede aportar a la teología conceptos, argumentos que reflejen la inteligibilidad y coherencia de la revelación (FR, 65 y 66). Sin embargo, no es este el aspecto de mayor relevancia para esta investigación doctoral, sino la determinación del estado de la filosofía de María Zambrano en relación con la fe cristiana. *Fides et ratio* señala tres posibilidades distintas: una «filosofía totalmente independiente de la revelación evangélica» (FR, 75); una «filosofía cristiana» (FR, 76); y una tercera posición en que «la teología misma recurre a la filosofía» (FR, 77).

La primera de estas posibilidades es claramente inaplicable a María Zambrano: su contexto es indudablemente cristiano, una constatación que no resta un ápice de interés filosófico a su propuesta.

Respecto a la segunda, conviene comenzar resaltando que la denominación de filosofía cristiana «es en sí misma aceptable, pero [...] con ella no se pretende aludir a una filosofía oficial de la Iglesia» (FR, 76). Por tanto, afirmar que la propuesta de María Zambrano puede calificarse como filosofía cristiana no significa darle carta de oficialidad, sino más bien que su modo de filosofar es el de una cristiana que no renuncia a la unión vital entre el pensar y el creer (cfr. FR, 76). *Fides et ratio* señala en el mismo número que se viene citando dos constataciones importantes sobre el filosofar cristiano –que no es evidentemente un cambio de estado: un pasar de ser filósofo a ser teólogo–: un aspecto subjetivo, «la fe libera la razón de la presunción», y otro objetivo, «la revelación propone claramente algunas verdades que, aun no siendo por naturaleza inaccesible a la razón, tal vez no hubieran sido nunca descubiertas por ella, si se la hubiera dejado sola». El caso de Zambrano es paradigmático: su interés filosófico es poner a la filosofía en su sitio, buscando que renuncie a la soberbia de la razón, aceptando que toda experiencia humana y todo saber de sentido está interrelacionado y es dependiente. No es una renuncia a la razón, sino la afirmación de una razón más ancha. Al mismo tiempo, y desde el punto de vista objetivo, es evidente que María Zambrano tematiza filosóficamente contenidos revelados, sin renunciar a un método puramente racional ni a la búsqueda de la verdad.

El tercero de los estados es aquel en el que la teología acude a la filosofía para mostrarse como «obra de la razón crítica a la luz de la fe» (FR, 77). ¿Puede la propuesta de Zambrano cumplir esta misión?

La respuesta definitiva le corresponde a la autoridad y examen del magisterio eclesiástico, sin embargo, puede afirmarse a la luz de la presente investigación doctoral que la filosofía de María Zambrano cumple al menos tres exigencias indispensables para encontrarse de un modo fecundo con la teología: posee una clara dimensión sapiencial (cfr. FR, 81); evidencia la capacidad del conocimiento humano para llegar a la verdad, a través de una relación adecuada –*adaequatio*– con la realidad, aunque esta sea mayor que el pensamiento y que la expresión (cfr. FR, 82); a pesar de su límites metodológicos y de una buscada falta de precisión, tiene un «alcance auténticamente metafísico» (FR, 83).

Puede defenderse que el pensamiento de María Zambrano es «una filosofía en consonancia con la Palabra de Dios», un «punto de encuentro entre las culturas y la fe cristiana», que sirve de ayuda «para que los creyentes se convenzan de que la profundidad y autenticidad de la fe se favorece cuando está unida al pensamiento y no renuncia a él» (FR, 79).

* * *

Siempre quedará como una esperanza en la naciente luz auroral la palabra definitiva de María Zambrano sobre filosofía y cristianismo[164]. Tan solo quedan a disposición del lector/pensador sus obras completas, que no terminadas[165]; el deseo truncado de impartir tres clases sobre filosofía y cristianismo en la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia, durante el curso 1975-1976[166]; y la intuición más hermosa de que es la belleza quien hace de la filosofía y el cristianismo una verdadera comunión.

---

[164] En el archivo de María Zambrano, conservado por la fundación del mismo nombre en Vélez-Málaga, se encuentra un vestigio: la portada de un cuaderno roto en el que escribió «Filosofía y cristianismo», un mes –¿septiembre o noviembre?, no alcancé a descifrar– y unos años 1944 y 1953 (Manuscrito 550): ¿Qué escribió en este cuaderno perdido? Es posible aventurar que sus páginas forman parte de todas sus obras posteriores, como sus ideas, de su pensamiento.

[165] Ya que, como recoge Ullán, Zambrano denominó en 1981 a su obra *Prólogo a un libro desconocido* que es un todo todavía pendiente. Cfr. ZAMBRANO, M., *Esencia y hermosura. Antología*, p. 606.

[166] ZAMBRANO, M., LP, p. 243.

Índice del Excerptum

INTRODUCCIÓN 7

ÍNDICE DE LA TESIS 1

BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS 15

ABREVIATURAS DE LA TESIS 19

FILOSOFÍA Y CRISTIANISMO EN EL PENSAMIENTO DE MARÍA ZAMBRANO 21

I. MARÍA ZAMBRANO, CRISTIANA Y FILÓSOFA 21

1. La vida de María Zambrano, un itinerario de fe religiosa 24
2. Lo cristiano en la filosofía de Zambrano 33
   - 2.1. Algunas fórmulas que indican la presencia de un fondo cristiano en el pensamiento filosófico de María Zambrano 34
   - 2.2. El dogma cristiano como inspiración 41

II. FILOSOFÍA Y CRISTIANISMO A LA VEZ: UN IMPOSIBLE REAL 47

1. «Lo que ha de salvarnos» 48
2. «Y si el Verbo se hizo carne, ¿a qué la filosofía?» 51
   - 2.1. Filosofía tras la creación y la encarnación 53
   - 2.2. «Las raíces de la esperanza» 56
3. La reciprocidad y la «unidad superior» 60
   - 3.1. ¿O lo uno o lo otro? 63
   - 3.2. La razón es posible 65

ÍNDICE DEL EXCERPTUM 73